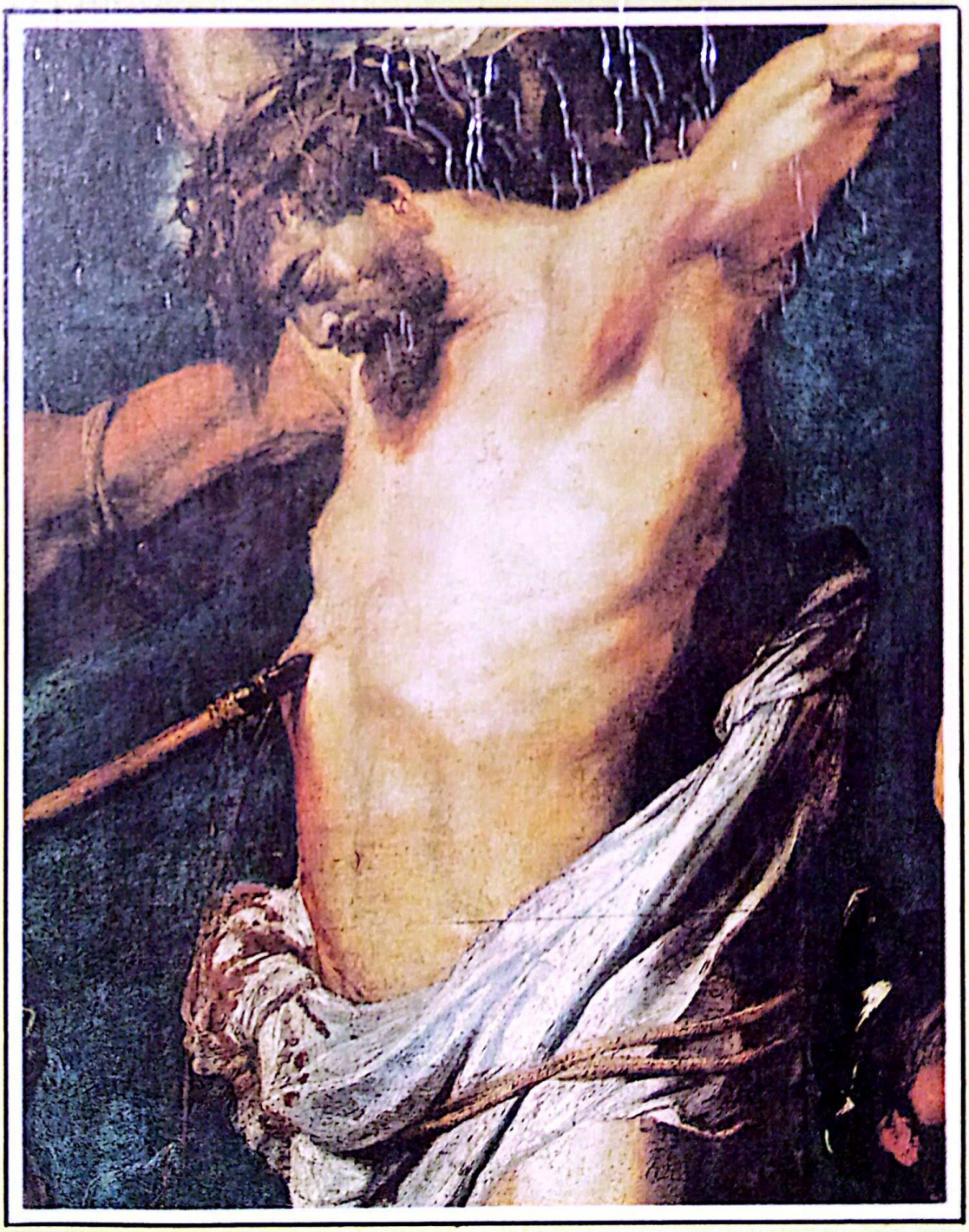
Con Cristo
o
Contra Cristo

Joaquín Sáenz y Arriaga



Ediciones
El Enano del Tapanco

Con Cristo
o
Contra Cristo

Joaquín Sáenz y Arriaga

Ediciones
El Enano del Tapanco

ɔro. Moisés Villegas R.
ɔdo. Postal # 1.
ɔrmosillo, Son.

Julio 27 de 1966.

v. Padre:

Por encargo del Excmo. Sr. D. Juan Navarrete remitido a S. R. el comentario que anteriormente había viado al Excmo. Sr., para su consideración. Adjunto entrará el documento de aprobación del Sr. Navarrete para e dicho comentario sea divulgado en esta Arquidiócesis.

Espero que todo llegue a sus manos a entera tisfacción.

Quedo de S. R. Afmo. en Cristo.

Pbro. Moisés Villegas R.

Hemos leído con detención y ponderado seriamente los conceptos expresados por el Dr. D. Joaquín Sáenz-Arriaga en su comentario a los artículos del Sr. Joseph Roddy (Revista Look, Enero 25 de 1966), acerca de la Declaración que el Concilio Ecuménico Vaticano II ha hecho sobre el problema judío, y nada hemos encontrado que de alguna manera se oponga al Dogma Católico. Por esta razón autorizamos al expresado Sr. Pbro. y Doctor Sáenz Arriaga para que divulgue su opúsculo en esta Arquidiocesis.

Hermosillo, Son., Julio 23 de 1966.

JUAN NAVARRETE
Arz. de Hermosillo.

DOS PALABRAS DE INTRODUCCION

Al escribir este comentario, hemos buscado tan sólo el servicio de Dios. Nos pareció irritante el que nuestros enemigos ataquen la indefectibilidad de la Iglesia y quieran hacer pensar al mundo que ellos con su dinero y con su intriga han podido cambiar la doctrina católica. Yo creo en la Iglesia de los Papas y de los Concilios, no en la Iglesia de un Papa o de un Concilio. Es absurdo querer desvincular las enseñanzas dogmáticas, disciplinares o pastorales del Concilio Vaticano II de la contextura veinte veces secular de la doctrina apostólica, de la doctrina de los Santos Padres y Doctores de la Iglesia, de la doctrina de los Concilios y de los Papas precedentes, de la doctrina secular de toda la teología católica. Cualquier progreso, que desconozca el pasado, no es progreso, sino ruina y destrucción; cualquier sentido contrario al que los dogmas han tenido, no es interpretación, es claudicación.

Si los teólogos progresistas pueden escribir y defender sus locuras, creo que hay derecho también para que la voz de la tradición doctrinaria pueda escucharse. Creo en la Iglesia, cuyas notas distintivas son: **"Una, Santa, Católica y Apostólica".** Y la **Apostolicidad** de la Iglesia significa precisamente esto: su indeficiente tradición que, arrancando de los Apóstoles y de la Iglesia primitiva, conserva incólume el Depósito de la Divina Revelación.

Esa doctrina tradicional de la Iglesia, que rudimentaria, pero claramente aprendí en mi familia y en el Instituto de Ciencias del Sagrado Corazón de Jesús en Morelia, (de los Hermanos de las Escuelas Cristianas) quedó después esclarecida y arraigada en mi alma en la sólida formación filosófica y teológica de la antigua y santa Compañía de Jesús.

Pbro. Dr. Joaquín Sáenz y Arriaga.

Los dos últimos esquemas conciliares de la Declaración, publicados por la revista LOOK.

El primero fue aprobado el 20 de noviembre de 1964, el segundo lo promulgó S. S. Paulo VI, el 28 de octubre de 1965.

1) Texto aprobado el 20 de noviembre de 1964:

"Este Sínodo, al rechazar las injusticias de cualquier clase, que en cualquier ocasión se hagan a los hombres, teniendo en cuenta el común patrimonio (entre judíos y católicos), deplora, más aún, condena, el odio y la persecución contra los judíos, ya haya sido hecha, en tiempos pasados o ya se esté haciendo en nuestros días".

"Procuren, pues, todos, que en la enseñanza del catecismo y predicación no se enseñe nada que pueda traducirse en odio o desprecio a los judíos en el corazón de los cristianos. Que nunca presenten al pueblo judío como rechazado, maldito o reo del Deicidio. Todo lo que sufrió Cristo en su pasión en manera alguna puede atribuirse a todo el pueblo (judío) que entonces vivía y muchos menos el pueblo (judío) que ahora vive".

2) La Declaración promulgada el 28 de octubre de 1965:

"Aunque las autoridades judías y aquellos que les seguían presionaron para obtener la muerte de Cristo (cf. Juan 19, 6), sin embargo, lo que sufrió Cristo en su pasión no puede ser atribuido, **sin distinción alguna**, a los judíos que entonces vivían, ni a los judíos de hoy. Aunque la Iglesia es el nuevo pueblo de Dios, los judíos no deben presentarse como rechazados de Dios o malditos, como si esto se siguiese de la Sagrada Escritura. Vean, pues, todos, que en la obra catequista o en la predicación de la palabra de Dios no se enseñe nada que sea inconsistente con la verdad del Evangelio y con el espíritu de Cristo.

"Mas todavía, la Iglesia, que rechaza cualquier persecución contra cualquier hombre, teniendo presente el común patrimonio con los judíos y movida no por razones políticas, sino por el espiritual amor del Evangelio, deplora el odio, las persecuciones y los movimientos de anti-semitismo, que hayan sido promovidos contra los judíos en cualquier tiempo y por cualquier persona".

COMO LOS JUDIOS CAMBIARON EL PENSAMIENTO CATOLICO

Por: JOSEPH RODDY.

Revista **LOOK**

25 Enero 1966.

En la sencillez de su fe la mayoría de los católicos apoyan sus creencias en las difíciles preguntas y no bien maduradas respuestas del catecismo. Los niños en las escuelas de la Iglesia memorizan sus páginas, que difícilmente olvidan el resto de su vida. En el catecismo aprenden *que el dogma católico no cambia* y más vivamente que los judíos mataron a Jesucristo. Por causa de este concepto cristiano, el antisemitismo se propagó, como una enfermedad social, por el organismo del género humano, durante 20 siglos que han pasado desde la muerte de Cristo. Su virulencia ha crecido en ocasiones y en ocasiones ha disminuido, pero antisemitas nunca han dejado de existir. Las mentes enfermas, siempre prontas a argumentar en todas las materias, parecen que se han unido en todas las ocasiones para despreciar y atacar a los judíos. Fue un convenio de caballeros lo que llegó hasta la culminación de Auschwitz.

Es verdad que son pocos los católicos que directamente enseñan a odiar a los judíos. Sin embargo, la doctrina católica no había podido eludir la narración del Nuevo Testamento, según la cual los judíos provocaron la Crucifixión. Las cámaras de gas fueron tan sólo la última prueba de que los judíos no habían sido todavía perdonados. Pero la mejor esperanza de que la Iglesia de Roma no aparecerá de nuevo complicada en un genocidio de esta magnitud es el capítulo IV de la **"Declaración** (Conciliar) **acerca de la Relación de la Iglesia con las Religiones no-Cristianas"**, la cual declaración fue promulgada por el Papa Paulo VI, como ley de la Iglesia,

casi al fin del Concilio Vaticano II. En ningún lugar de su declaración o de sus discursos desde la Cátedra de San Pedro, el Papa menciona a Jules Isaac. Pero, quizás el Arzobispo de Aix, Charles D. Provencheres haya dejado perfectamente esclarecida la ingerencia de Isaac, en la proclamación de este decreto cuando dijo: "Es un signo de los tiempos el que un seglar y sobre todo un seglar judío haya originado un decreto del Concilio".

Jules Isaac era un famoso historiador, un miembro de la Legión de Honor y un Inspector de las escuelas en Francia. En 1943, tenía él 66 años de edad y vivía una vida desolada cerca de Vichy, después de que los alemanes se habían apoderado de su esposa y de su hija. Desde entonces, Isaac no podía menos de cavilar constantemente sobre la apatía con que el mundo cristiano había contemplado el hado de los judíos incinerados.

Su libro *"Jesús e Israel"* fue publicado en 1948, y su lectura impulsó al Padre Paul Démann a revisar cuidadosamente los textos escolares y a comprobar así la amarga queja de Isaac, según la cual los católicos, inadvertidamente, si no con toda intención, habían enseñado este desprecio y este odio hacia los judíos. Gregori Baum, sacerdote agustino, nacido en la ortodoxia judía, llamó a este libro "un conmovedor relato del amor que Jesús había tenido por su Pueblo, los judíos, y del desprecio y odio que, más adelante, los cristianos habían abrigado hacia ellos".

El libro de Isaac fue ampliamente difundido. En 1949, el Papa Pío XII concedió una breve audiencia a su autor. Pero debían pasar 11 años más para que Isaac pudiera ver una esperanza verdadera. A mediados de junio de 1960, la Embajada de Francia en Roma introdujo a Isaac a la Santa Sede. Isaac quería ver personalmente a Juan XXIII; sin embargo, él fue conducido ante el Cardenal Eugenio Tisserant, quien lo envió a entrevistarse con el archiconservador Cardenal Alfredo Ottaviani. Ottaviani, a su vez, lo envió al anciano Cardenal Andrés Jullien, de 83 años de edad, quien con la mirada fija y sin manifestación alguna de emoción, escuchó las palabras con que Isaac trataba de demostrar que la doctrina católica conducía inevitablemente al anti-semitismo.

Cuando hubo terminado su exposición, el judío calló, como si esperase una reacción del Cardenal, pero Jullien se mantuvo como una piedra: Isaac, que estaba medio sordo, fijamente observaba los labios del Prelado. El tiempo pasaba, y ninguno de los dos hablaba. Isaac pensó salir del aposento, pero antes decidió hacer esta pregunta: "¿A quién tengo que entrevistar yo para plantear este terrible problema?"; y, después de otra larga pausa, el viejo Cardenal finalmente dijo: "A Tisserant". Isaac replicó que ya había visto a Tisserant. Otro largo silencio siguió luego. La siguiente palabra del viejo Cardenal fue: "Ottaviani". Isaac insistió diciendo que ya lo había visto. Y, al fin, después de otra pausa de silencio, brotó la tercera palabra: "Bea". Con esta consigna, Jules Isaac se encaminó a ver a Agustín Bea, el único jesuita miembro del Colegio de Cardenales, Tudesco de origen. "En él, dijo Isaac más adelante, encontré luego un decidido y poderoso colaborador".

Al día siguiente, Isaac tuvo un apoyo más fuerte. Juan XXIII, de pie, en el pasillo de los aposentos Papales del cuarto piso, estrechó la mano de Jules Isaac y le hizo sentar después a su lado. "Yo me presenté, como un no-cristiano, el promotor de la *Amistad Judeo-Cristiana,* un hombre muy sordo y viejo, dijo Isaac". Juan habló largamente de su *devoción por el Antiguo Testamento,* de su estancia como diplomático en Francia y preguntó a su visitante dónde había nacido. Comprendió Isaac entonces que el Sumo Pontífice quería charlar con él y empezó a preocuparse por la manera cómo debía él dirigir esta conversación hacia el tema anhelado. "Vuestra política, dijo el judío al Papa, ha despertado grandes esperanzas en el *Pueblo del Antiguo Testamento*". Y agregó luego: "¿No es este mismo Papa, con su gran bondad, responsable de que nosotros hayamos concebido mejores esperanzas?". Juan sonrió afablemente. Isaac había ganado para su causa a uno que quería escucharle. El judío dijo después al Papa, que el Vaticano debería estudiar el anti-semitismo. Juan contestó entonces que él había estado pensando desde el principio de su conversación con el judío, la conveniencia de hacer este estudio. "Yo pregunté luego si podía yo llevar conmigo algún rayo de esperanza", recordó Isaac más adelante. A lo que Juan respondió diciendo que

tenía derecho a algo más que a una esperanza; y, haciendo alusión a los límites de su soberanía, añadió: "Yo soy la cabeza, pero debo consultar también a otros... esta no es una monarquía absoluta". Para mucha gente en el mundo el gobierno de Juan parecía ser una monarquía benévola. Por causa suya, muchas cosas habían acaecido entre el catolicismo y el Judaísmo.

Meses antes de que Isaac expusiese su querella en contra de los "Gentiles", el Papa Juan había organizado un Secretariado del Vaticano para la Promoción de la Unidad Cristiana, bajo la dirección del Cardenal Bea. Este Secretariado tenía por objeto presionar la reunión de la Iglesia Católica con las Iglesias, que Roma había perdido por la Reforma. Después que Isaac se separó, Juan manifestó claramente a los administradores de la Curia Vaticana, que una firme condenación del antisemitismo católico debía salir del Concilio que él había convocado. Para el Papa Juan, el Cardenal germano era el legislador indicado para ejecutar este trabajo, aun teniendo en cuenta que su Secretariado por la Unidad Cristiana parecía a muchos tener una dirección combativa para realizar con esta base, este nuevo objetivo. Para entonces habíase ya establecido un gran diálogo entre las oficinas del Concilio Vaticano y los grupos judíos, y tanto el Comité judío-Americano como la Liga Anti-Difamatoria de la B'nai B'rith hablaron con vigor y claridad en Roma. El Rabino Abraham J. Heschel, del Seminario Teológico Judío de Nueva York, que había conocido 30 años antes en Berlín la personalidad y las actividades de Bea, entró en contacto con el Cardenal en Roma. Ya Bea había leído *"La Imagen de los Judíos en la Enseñanza Católica"*, escrita y publicada por el Comité Judío Americano. Esta obra fue seguida por otro estudio del mismo Comité Judío Americano, de unas 23 páginas, *"Los Elementos Antagónicos a los Judíos en la Liturgia Católica"*. Hablando en nombre de ese Comité Judío Americano, Heschel manifestó a su Eminencia el Cardenal Bea su esperanza de que el Concilio Vaticano purgaría la doctrina católica de cualquiera palabra que sugiriera que los judíos son una raza maldita. Y, al hacer esto, esperaba Heschel que el Concilio se abstuviese de cualquiera exhortación o sugerencia para invitar a los ju-

díos a hacerse cristianos. Por ese mismo tiempo el Dr. Nahum Goldmann en Israel, Jefe de la "Confederación Mundial de Organizaciones Judías", entre cuyos miembros existen judíos de distintas tendencias (desde las más ortodoxas hasta las más liberales), urgía al Papa con idénticas aspiraciones. La B' nai B'rith pedía a los católicos que desarraigasen de todos los servicios litúrgicos de la Iglesia cualquier lenguaje que, de alguna manera, pudiera insinuar el anti-semitismo. Ni entonces, ni en cualquier tiempo futuro sería fácil el realizar completamente estos anhelos. La liturgia católica, que fue sacada de los escritos de los primeros Padres de la Iglesia, no podría fácilmente tener una nueva edición. Aunque Mateo, Marcos, Lucas y Juan hayan sido mejores evangelistas que historiadores, sus escritos, según el dogma católico, fueron divinamente inspirados; y alterarlos sería tan imposible, por lo tanto, como cambiar el centro del sol. Esta dificultad puso en graves apuros teológicos así a los católicos, que tenían las mejores intenciones, como a los judíos, que tenían la más profunda comprensión del catolicismo. Y, al mismo tiempo, provocó la oposición de los conservadores de la Iglesia y, en cierto grado, las ansiedades de los Arabes en el Medio Oriente. La acusación de los conservadores contra los judíos era que estos eran deicidas, culpables de dar muerte a Dios en la persona Divino-Humana de Cristo. Y que afirmar ahora que los judíos no eran deicidas era tanto como decir de una manera indirecta que Cristo no era Dios, porque el hecho de la ejecución en el Calvario era incuestionable para la teología católica. Sin embargo, la ejecución del Calvario y la religión de aquellos que creen en ella, son las razones por las cuales los antisemitas vituperan a los judíos como "asesinos de Dios" y, "asesinos de Cristo". Era evidente, por lo tanto, que las Sagradas Escrituras de los católicos tendrían que ser sometidas a juicio, si el Concilio se decidía a hablar acerca de los deicidas y de los judíos. Hombres sabios y viejos mitrados de la Curia aconsejaron que los Obispos del Concilio no debían tocar este tema delicado. Pero, una vez más, Juan XXIII ordenó que el problema se incluyera en la agenda del Concilio.

Si la inviolabilidad de la Sagrada Escritura era el pro-

blema más grave de la polémica en Roma, la guerra entre Arabes e Israelíes planteaba en el Oriente otro grave problema. El Israel de Ben-Gurión, según el punto de vista de la Liga Arabe, así como la China de Mao en el mundo fuera de Taiwan, realmente no existe. O solamente existe como un hueso atorado en la garganta de Nasser. Si el Concilio se atrevía a hablar en favor de los judíos, los Obispos Arabes verían el orden espiritual comprometido y sojuzgado por el orden político. El siguiente paso sería luego el intercambio de diplomáticos, en una noche entre el Vaticano y Tel Aviv. Esta era una crisis que la Liga Arabe pensó poder superar con diplomacia. Los Estados Arabes, en contradicción con la política de Israel, tenían ya entonces algunos embajadores en la Corte Papal. Ellos tenían la consigna de recordar, de la manera más política, a la Santa Sede, que alrededor de 2.756,000 católicos romanos viven en las tierras árabes y mencionar también que 420 mil católicos Ortodoxos, separados de Roma, a los que el papado espera atraer, son también súbditos de los países árabes. Obispos de estas dos ramas del catolicismo podían ser asociados para representar sus intereses ante la Santa Sede. Era demasiado pronto para las amenazas. En vez de esas amenazas los Arabes importunaron a Roma para hacerle ver que ellos no podían ser ni antisemitas ni antijudíos. Los Arabes, decían, también somos semitas y, entre nosotros, viven y han vivido miles de judíos refugiados. Los patriotas Arabes son solamente anti-sionistas, porque, para ellos, el sionismo es un complot que pugna por establecer el estado judaico en el centro del Islam.

En Roma, la opinión sostenida por el Medio-Oriente y los elementos conservadores era de que cualquier declaración acerca de los judíos sería inoportuna. Pero en Occidente, en donde solamente en Nueva York, viven 225,500 judíos más que en todo el Estado de Israel, la opinión dominante era que el hacer a un lado esta declaración significaría para el mundo una gran calamidad. Y en este atolladero intervino la ingenua y corpulenta personalidad de Juan XXIII, no para zanjar la disputa, sino más bien para prolongarla. Con una manera de pensar muy suya, el Papa estaba jugando

con una idea, que la Curia Romana consideraba grotesca: los credos no católicos deberían enviar sus observadores al Concilio. La perspectiva de ser invitados no causó ninguna crisis entre los protestantes, pero francamente no fue del agrado de los judíos. Para que acudiesen al llamado pontificio se sugirió a algunos judíos que la teología católica estaba relacionada con la teología judía; pero para permanecer afuera, después de esa invitación, se les hizo notar que los judíos no podían tener particular interés en ningún acercamiento a los católicos, mientras algunos católicos estrechasen las manos del anti-semitismo.

Cuando se supo que la declaración de Bea, enviada para su votación en la Primera Sesión del Concilio, contenía una clara refutación del cargo del Deicidio, el Congreso Mundial Judío hizo correr en Roma la noticia de que el Dr. Haim Y. Vardi, ciudadano del Estado de Israel, asistiría al Concilio como un observador no oficial. Pudiera ser que estos hechos no estuviesen entre sí relacionados, pero es indudable que parecen estarlo. Con estas noticias, se escucharon, en tono más alto, otros reportazgos. Los Arabes se quejaron a la Santa Sede. La Santa Sede respondió que ningún israelíe había sido invitado. Los israelíes negaron que ellos hubiesen nombrado a ningún observador para el Concilio. Los judíos de Nueva York pensaron que un judío americano podría ser el observador. En Roma todo terminó con un cambio en la agenda que hiciese manifiesto a todos el hecho de que la declaración en favor de los judíos no sería puesta a discusión del Concilio en aquella sesión. Sin embargo, los Obispos tuvieron, fuera del Concilio, abundante lectura relacionada con los judíos. Una agencia publicitaria, suficientemente cercana al Vaticano para tener la dirección en Roma de los 2,200 Cardenales y Obispos que de afuera habían acudido al Concilio, entregó a cada uno de ellos un libro de 900 páginas *"Il Complotto contra la Chiesa"* (El Complot contra la Iglesia). Entre las infamatorias páginas del libro, había algunos vestigios de verdad. La afirmación que dicho libro hace de que la Iglesia había sido infiltrada por los judíos, era una intriga eficaz para los anti-semitas; pero, es un hecho innegable que muchos judíos, ordenados de sacerdotes, estaban trabajando en Roma para obtener esa

declaración en favor de los judíos. Entre ellos estaba el Padre Baum, como también Mons. Juan Oesterreicher, miembros del Secretariado de Bea. Y el mismo Cardenal Bea, según el Diario del Cairo "Al Gomhuria", era un judío llamado Behar.

Ni Baum ni Oesterreicher se hallaban con Bea al declinar la tarde del 31 de mayo de 1963, cuando un limousine estaba estacionado, en frente del hotel plaza de Nueva York, esperándole. El "ride" terminó seis calles más adelante, en las afueras de las oficinas del Comité Judío Americano. Allí, un Sanhedrín contemporáneo estaba esperando para dar la bienvenida al Jefe del Secretariado por la Unidad Cristiana. La reunión fue guardada en secreto para la prensa. Bea deseaba que ni la Santa Sede ni la Liga Arabe supiesen que él estaba allí para recibir las preguntas que los judíos deseaban que fuesen contestadas. "No tengo autorización, les dijo Bea, para hablar oficialmente". "Por lo tanto yo solamente puedo decir lo que en mi opinión puede y debe, en verdad, acaecer". Entonces él explicó el problema. "En términos redondos, dijo, los judíos son acusados de ser culpables del Deicidio y se supone que pesa sobre ellos una maldición". El refutó ambas acusaciones. Porque, según las narraciones de los Evangelios, solamente los jefes de los judíos que estaban entonces en Jerusalén y un grupo muy pequeño de seguidores (de la Ley Mosaica) gritaron pidiendo la sentencia de muerte para Jesús: por lo tanto, "los ausentes y las generaciones de judíos que han nacido después, en manera alguna, dijo Bea, pueden estar implicados en el Deicidio. Por lo que se refiere a la maldición, raciocinó el Cardenal, no puede, en manera alguna, recaer sobre los crucificadores, porque las palabras de Cristo moribundo fueron una oración por su perdón".

Los rabinos presentes en el salón querían saber si la declaración, que el Cardenal Bea estaba preparando, especificaría el Deicidio, la maldición y el repudio divino del pueblo judío, como errores en la doctrina cristiana. Esta pregunta implicaba el problema más delicado del Nuevo Testamento. La respuesta de Bea no fue directa. El hizo ver a sus oyentes que una Asamblea tan heterogénea y difícil de

manejar de Obispos, no podía descender a los detalles, a lo más podía convenir en las líneas generales; pero que esperaba lograr presentar de una manera simple lo que era muy complejo. "Actualmente, añadió, es un error buscar la causa principal del anti-semitismo en las solas fuentes religiosas, en los relatos evangélicos, por ejemplo. Estas causas religiosas, como son mencionadas, con frecuencia no son verdaderas causas; son solamente una excusa o un velo para encubrir otras razones más eficientes de la enemistad". El Cardenal y los rabinos brindaron después de la charla con un vino de honor. Uno de los rabinos preguntó al Prelado sobre Mons. Oesterreicher, a quien muchos judíos consideran demasiado apostólico para conquistarlos. "Eminencia, dijo un reportero judío a Bea, Ud. sabe que los judíos no consideran a los judíos conversos al cristianismo como sus mejores amigos". Bea contestó gravemente: "tampoco nosotros a los cristianos convertidos al judaísmo".

No mucho tiempo después de esta entrevista, apareció la obra teatral de Rolf Hochhutz "El Vicario", que presenta a Pío XII como al Vicario de Cristo que permaneció silencioso, mientras Hitler llevó a término la Solución Final. En las páginas de la revista *"América"* de los jesuitas, Oesterreicher habló claramente al Comité Judío Americano y a la B'nai B'rith. "Las agencias judías de relaciones humanas, escribió, tienen que hablar claramente en contra de "El Vicario", con términos inequivocos; de lo contrario, ellas nulificarían su propio propósito". En el "Tablet" de Londres, Juan Bautista Montini, el Arzobispo de Milán, escribió también un ataque a esa obra teatral, en defensa del Papa cuyo Secretariado Substituto de Estado él había sido. Pocos meses después, moría el Papa Juan XXIII y Montini era elegido su sucesor con el nombre de Paulo VI.

En la Segunda Sesión del Concilio, en el otoño de 1963, la Declaración sobre los judíos circuló entre los Obispos como el capítulo IV de la más larga Declaración sobre *"El Ecumenismo"*. El Capítulo V, que venía en pos del anterior, contenía la igualmente discutida Declaración sobre la Libertad Religiosa. Como sucede con las añadiduras a los proyectos de ley en el Congreso Americano, cada uno de los dis-

putados capítulos era como un pesado vagón enganchado al nuevo tren del Ecumenismo. Casi al fin de esta Sesión, cuando llegó el turno para la votación, sólo debía abarcar los tres primeros capítulos del esquema. De esta manera los dos últimos capítulos (el de los judíos y el de la Libertad Religiosa) quedaron hechos a un lado y esta decisión política evitó el alboroto de un Concilio que con grandes dificultades pretendía ser ecuménico. A los Obispos se les aseguró que la votación sobre la Declaración judía y la de la Libertad Religiosa vendrían pronto, en otra ocasión más favorable. Y mientras los Obispos esperaban ansiosos esta votación, tuvieron tiempo para leer el escrito *"Los Judíos y el Concilio a la Luz de la Escritura y de la Tradición"*, una obra más pequeña pero más venenosa que, "Il Complotto". Pero esta Segunda Sesión terminó, sin el voto sobre los judíos o la Libertad Religiosa, con una agria nota, claramente manifiesta, a pesar de la visita anunciada por el Papa a Tierra Santa. Esa peregrinación del Pontífice tenía que dar necesariamente amplio campo para los comentarios de la prensa, pero dejó sin embargo espacio para hacer importantes investigaciones sobre esas dos votaciones que habían sido pospuestas. "Algo ha sucedido detrás de bambalinas", comentó el National Catholic Welfare Conference. "Este es uno de los misterios de la Segunda Sesión".

Dos caballeros judíos que reflexionaron profundamente sobre estos misterios, fueron Joseph Lichten de la B'nai B'rith, Liga Antidifamatoria en Nueva York, de 59 años de edad, y Zacarías Shuster, de 63 años de edad, miembro del Comité Judío Americano. Lichten que había perdido a sus padres, esposa e hija en Buchenwald, y Shuster, que también había perdido a unos de sus más cercanos parientes, estuvieron entrevistando en Roma a numerosos Obispos y a otros oficiales del Concilio. Estos dos "coyotes" o secretos agentes nunca aparecieron juntos cerca de San Pedro tomando un vino Rosso. Ambos tenían la consigna común de alcanzar la declaración más fuerte posible en favor de los judíos, pero cada uno pretendía el crédito de este triunfo para su propia organización. Esto, naturalmente, si se alcanzaba una declaración verdaderamente fuerte. Mientras tanto cada uno de ellos, independientemente entre sí, debía hacerse

presente a la Jerarquía Americana, como el mejor barómetro en Roma para expresar el sentimiento de los judíos fuera de Roma, especialmente en los Estados Unidos.

Para darse cuenta de la marcha del Concilio, muchos Obispos de los Estados Unidos en Roma dependían de lo que podían leer en el periódico "New York Times". Lo mismo sucedía al Comité Judío Americano y a la B'nai B'rith. Ese periódico era el más eficaz para formar la opinión. Lichten pensaba que Shuster era un genio para llenar las páginas de este diario, aunque sus conocimientos teológicos no eran suficientemente profundos. Algo semejante pensaba Shuster sobre Lichten. Ninguno de los dos tomaba en cuenta a Fritz Becker que estaba en Roma como delegado del Congreso Mundial Judío y, sin buscar publicidad, había conseguido alguna. El Congreso Mundial Judío, según Becker, estaba interesado en el Concilio, pero no pretendía dominarlo. "Nosotros no tenemos los puntos de vista de los Americanos, dijo, para pretender llevarlos a la imprenta".

El que estos temas se llevasen a la prensa empezó, sin embargo, a complacer al Vaticano. Un experto en relaciones públicas hubiera dicho que la Santa Sede se había mostrado poco experta en Tierra Santa. Cuando Paulo oró a lado del Patriarca barbado ortodoxo Atenágoras en el sector de Jordania, la visita pareció muy bien. Pero, cuando entró en Israel, tuvo palabras tajantes para el autor del "Vicario" y un discurso encaminado a la conversión de los judíos. Su visita fue tan corta que ni siquiera llegó a mencionar públicamente al joven país que estaba visitando. Los observadores del Vaticano que estudiaron todos los movimientos de Paulo en Tierra Santa consideraron que había menos esperanza para una declaración en favor de los judíos. Las cosas se veían con más optimismo en el Waldorf-Astoria de Nueva York. Allí, con motivo del aniversario del Beth Israel Hospital, los invitados se enteraron de que el Rabino Abba Hillel Silver, años atrás, había expresado al Cardenal Francis Spellman los intentos hechos por Israel para obtener un asiento en las Naciones Unidas. Spellman había dicho que, para ayudar a esta causa, él personalmente se dirigiría a los gobiernos de Sud-América para invitarlos a que com-

partiesen con él el profundo deseo de que Israel fuera admitido. Más o menos por ese tiempo, el *Papa americano* (Spellman) dijo en una reunión del Comité Americano Judío que era "absurdo mantener que exista o pueda existir cualquiera culpabilidad hereditaria". En Pittsburg, el Rabino Marc Tanenbaum del Comité Americano Judío habló a la Asociación de la Prensa Católica, sobre el cargo del Deicidio, y las respuestas editoriales de los periódicos católicos fueron abundantes. En Roma, seis miembros del mismo Comité Americano Judío lograron tener una audiencia con el Papa. Uno de ellos, Mrs. Leonard M. Sperry acababa de donar el Centro Sperry para la Cooperación de Grupo en la Universidad Pro-Deo de la Ciudad Santa. El Papa dijo a sus visitantes que él estaba de acuerdo con lo que el Cardenal Spellman había dicho acerca de la culpabilidad judía. Esta vez los observadores vaticanos no pudieron menos de cambiar su modo de ver el asunto, augurando ahora un futuro color de rosa para la declaración.

El New York Times tuvo entonces su turno. El 12 de junio de 1964 informó que, en el último esquema de la Declaración, la negación del Deicidio había sido suprimida. En el Secretariado por la Unidad Cristiana del Cardenal Bea, uno de los dirigentes informó solamente que el nuevo texto era más fuerte. Pero ni la mayoría de los judíos, ni muchos católicos lo entendieron así. Antes de esta Sesión del Concilio y mientras el texto estaba todavía *sub-secreto*, apareció una mañana todo el esquema en el "New York Herald Tribune". No se encontraba allí ninguna mención del cargo del Deicidio. En su lugar había un claro llamamiento para extender el espíritu ecuménico, porque "la unión del pueblo judío con la Iglesia es una parte de la esperanza cristiana". Entre los pocos judíos, que no se preocuparon al leer esto, se hallaban Lichten y Shuster. Ellos podían ver el esquema de una manera profesional. Ese esquema se lee mejor en el periódico de la mañana tomando una taza de café, que si el Papa mismo estuviese promulgándolo como una enseñanza católica. A otros judíos les causó un efecto galvánico. Su decepción indignó a algunos de los Obispos americanos, y Lichten y Shuster pudieron comprender la causa de esta

indignación. Las posibilidades de que una declaración, sin la cláusula de la negación del Deicidio y con la sugerencia o invitación velada para que los judíos se convirtiesen al cristianismo, fuese aceptada por los Cardenales y Obispos americanos en el Concilio, era lo que este par de buenos agentes encubiertos podían llamar falta de lógica.

Cerca de dos semanas antes de esto, Mons. George Higgins de la National Catholic Welfare Conference de Washington D. C., prestó su ayuda para obtener una audiencia papal al embajador de las Naciones Unidas, Arthur J. Goldberg, quien era entonces Juez de la Suprema Corte de Justicia. El Rabino Heschel aleccionó a Goldberg antes de que éste discutiese con el Papa la Declaración. El Cardenal de Boston, Richar Cushing, quiso también ofrecer sus servicios. Por medio de su representante en Roma, consiguió otra audiencia papal para el rabino Heschel, cuyos recelos sobrepasaban a los del Cardenal. Teniendo como compañero a Shuster, del Comité Judío Americano, Heschel habló seriamente sobre el Deicidio y culpabilidad judaica en la muerte de Cristo, exigiendo también al Papa que presionase para obtener una declaración en la que se prohibiese a los católicos hacer labor de proselitismo entre los judíos. Paulo, algún tanto contrariado y molesto, no parecía estar de acuerdo. Shuster desazonado, se disoció de Heschel, empezando a hablar en francés, que el Papa entiende y habla, pero el rabino no. Todos estuvieron de acuerdo en que la audiencia no había terminado con la cordialidad con que habían empezado. Solamente Heschel y otros pocos opinaron que la audiencia había sido benéfica. Heschel invitó a un periódico israelita, para publicar que el texto de la próxima Declaración saldría libre de cualquier tono de controversia. Para el Comité Judío Americano aquella entrevista fue tan irritante como las anteriores. La audiencia del rabino con Paulo en el Vaticano, así como la reunión de Bea con los miembros del Comité Judío Americano en Nueva York, fueron concedidas bajo la condición de que serían conservadas en secreto. El descubrir estas secretas conferencias en la cima hizo que los conservadores *empezasen a señalar a los Judíos americanos como el nuevo poder detrás de la Iglesia.* Pero dentro del Concilio las cosas aparecían todavía peores para los con-

servadores. En la Asamblea Conciliar, los conservadores tenían la impresión de que los Obispos estaban trabajando por los intereses judíos. Para su discusión tenían ahora los Prelados el nuevo esquema, algún tanto debilitado en comparación con los anteriores. Los Cardenales de San Louis y de Chicago, Joseph Ritter y el ya difunto Albert Meyer, pidieron volver al esquema más fuerte. Cushing exigía que la negación del Deicidio fuese de nuevo mencionada. El Obispo Steven Leven de San Antonio pidió que se limpiase el texto de todo argumento que pudiera ser controvertido y, sin darse cuenta, expresó una visión profética acerca del Deicidio. "Nosotros debemos arrancar esa palabra del vocabulario cristiano, dijo, para que así nunca pueda ser usada de nuevo en contra de los judíos".

Estas conversaciones inquietaron a los Obispos Arabes, que afirmaban que una declaración favorable a los judíos, expondría a los católicos a una persecución, mientras los Arabes estuviesen en lucha contra los israelíes. Deicidio, culpa hereditaria y expresiones de invitación a conversión de los judíos, parecían como otros tantos puntos de discusión para los Arabes. Ellos no querían ninguna declaración; su punto de vista invariable era que cualquier declaración tendría un valor político en contra de ellos. Los aliados, en esta guerra santa, eran los conservadores italianos, españoles y sudamericanos. Estos conservadores veían la estructura de la fe sacudida por los teólogos liberales, quienes pensaban que las doctrinas de la Iglesia podían cambiar. Para los conservadores esto estaba cerca de la herejía, mientras que para los liberales esto era pura fe. Más allá de la fe, los liberales tenían los votos, y devolvieron la Declaración al Secretariado para que fuese reforzada. Mientras la Declaración estaba siendo reestructurada, los conservadores querían que fuese reducida a un párrafo en la *Constitución de la Iglesia*. Pero, cuando la Declaración apareció, al fin de la Tercera Sesión del Concilio, era enteramente un nuevo documento llamado: "Declaración de la Relación de la Iglesia con las Religiones No-Cristianas". Con esta redacción, la Declaración fue aprobada por los Obispos con una votación de 1770 votos en favor, contra 185 votos en contra. Gran regocijo provocó esta votación entre los judíos de los Esta-

dos Unidos, al saber que finalmente su Declaración había sido aprobada.

En realidad esto no era cierto. La votación solamente se refería a la substancia del texto en general. Pero, dado que muchos votos iban condicionados, (*placet iuxta modum*, es decir: sí, pero con modificación), el tiempo que pasó entre la Tercera y Cuarta Sesión fue empleado en hacer las modificaciones, que los 31 miembros del Secretariado pensaron que eran aceptables. Según las reglas del Concilio estas modificaciones, después de la votación ya hecha, sólo podían referirse a expresiones del lenguaje, pero no a la substancia del texto. Mas el problema, que preocupaba a los filósofos entonces, consistía en determinar lo que realmente era substancial o meramente accidental al texto. Y los mismos teólogos también tenían sus incertidumbres en este punto.

Pero, al principio, había menos obstáculos ocultos a los que enfrentarse. En Segni, cerca de Roma, el Obispo Luigi Carli escribió, en el número de su revista diocesana de febrero de 1965, que los judíos del tiempo de Cristo y sus descendientes hasta nuestros días, eran colectivamente culpables de la muerte de Jesucristo. Unas semanas más tarde, el domingo de Pasión, en una Misa al aire libre en Roma, el Papa Paulo habló de la crucifixión diciendo que los judíos fueron los principales actores de la muerte de Jesús. El jefe de los rabinos de Roma Elio Toaff respondió con desencanto: "Hasta las más distinguidas personalidades católicas hacían resurgir los prejuicios de la Pascua que se aproximaba".

El 25 de abril de 1965, el corresponsal del "New York Times" en Roma, Robert C. Doty, desconcertó a todo el mundo. La Declaración sobre los judíos se encontraba en aprietos: ésta era, en esencia, su información; y decía además que el Papa la había entregado a cuatro de sus consultores para que la limpiaran de toda contradicción contra las Escrituras y para que fuera lo menos objetable para los Arabes. Este reportaje fue refutado, como todos los anteriores que el "Times" había publicado, pues tres días después llegó a Nueva York el Cardenal Bea e hizo que el sacerdote, su

Secretario, negara la información de Doty, diciendo que su Secretariado por la Unidad Cristiana tenía todavía pleno control sobre la Declaración acerca de los judíos y dando una disculpa por el sermón del Papa: "Tengan Uds. la seguridad que el Papa predicó para gente sencilla y piadosa y no para gente instruida" dijo el sacerdote. Por lo que toca al antisemita Obispo de Segni, el enviado del Cardenal dijo que la manera de pensar de Carli definitivamente no era la del Secretariado. Morris B. Abram, del Comité Judío Americano, fue al aeropuerto a recibir a Bea y calificó como alentadora la opinión de su Secretario.

Días después, parte de los miembros del Secretariado se reunieron en Roma para votar sobre las sugestiones hechas por los Obispos. Entre esas sugestiones, algunas habían nacido y habían sido enviadas del cuarto piso del Vaticano, bajo la firma del Obispo de Roma. Se ignora si ese Obispo en particular fue ciertamente el que urgió el que fuese suprimida la negación de la "Culpabilidad del Deicidio"; pero la alternativa posibilidad de que la frase hubiera sido suprimida, aunque él hubiese indicado lo contrario, no tenía ya importancia ahora. En el Secretariado. todos coinciden en que la votación sobre el Deicidio fue muy pareja, después de un largo día de debates. Eliminada la palabra Deicidio, quedaba en pie la sugestión del Obispo de Roma, según la cual la cláusula que comienza *"deplora y en verdad condena* el odio y la persecución contra los judíos", tendría una redacción mejor si se omitiesen las palabras "en verdad condena". Esta omisión dejaría el odio y la persecución de los judíos "todavía deplorada". Esta sugestión papal no ocasionó ningún debate, sino que fue fácil y prontamente votada. Era ya muy tarde, y nadie deseaba ya seguir discutiendo sobre menudencias.

Esa reunión tuvo lugar del 9 al 15 de mayo, y durante esa semana el New York Times publicó una nueva historia, cada tercer día desde el Vaticano. El 8 de mayo, el Secretariado volvió a negar que gente extraña hubiese puesto la mano en la Declaración judía. El día 11 de ese mismo mes, el Presidente de Líbano, Carlos Helou, árabe de raza y maronita católico de religión, tuvo una audiencia con el

Papa. El día 12 la oficina de prensa del Vaticano anunció que la Declaración Judía permanecía invariable. Si esto era para alentar a los judíos, parecía como si la prensa oficial declarase demasiado. El día 15 el Secretariado cerró sus reuniones y los Obispos se fueron cada quien por su lado, unos tristes y otros sastifechos, pero todos con los labios sellados por el secreto. Algunos pocos se preguntaban extrañados si algo fuera de orden había sucedido y si, a pesar de las reglas del Concilio, un documento conciliar había sido substancialmente cambiado fuera de las sesiones.

El "Times" siguió provocando mayor confusión. El 20 de junio, Doty dejó entender entre líneas que la Declaración en favor de los judíos bien pudiera ser que fuese al fin del todo rechazada. El día 22 Doty publicó otro reportazgo que vino a convertirse en un golpe dado a su propia nariz. Comentando este reportazgo de Doty, una fuente cercana al Cardenal Bea dijo que: "estaba tan carente de toda base que no merecía siquiera el ser negado". Para quienes habían hecho de las refutaciones un arte refinado, este mentis, era algo de lo que debían sentirse orgullosos, porque precisamente era verdadero lo que trataba de ocultar completamente. Doty había escrito que la Declaración estaba en estudio· cuando, en realidad, el estudio había sido ya terminado; el daño estaba ya hecho y existía en verdad lo que muchos consideraban como una Declaración, substancialmente nueva, en relación a los judíos.

En Génova, el Dr. Willem Visser'tHoof, cabeza del Concilio Mundial de las Iglesias, manifestó a dos sacerdotes americanos que si los relatos de la prensa eran verdaderos, el movimiento ecuménico sería frenado. Sus opiniones no fueron un secreto para los Jerarcas de los Estados Unidos. Por su parte, el Comité Judío Americano en manera alguna se mantuvo inactivo. El Rabino Tanenbaum presionó con recortes periodísticos de airados editores judíos a Monseñor Higgins. Este Monseñor comunicó sus temores al Cardenal Cushing y el Prelado de Boston hizo una delicada indagación con el Obispo de Roma. En Alemania, un grupo que trabaja en favor de la amistad judeo-cristiana mandó una carta a los Obispos en la que se alegaba: "Hay ahora una

crisis de confianza *vis-a-vis* hacia la Iglesia Católica". Para el "Times" nunca había habido una crisis de confianza *vis-a-vis* en sus reportazgos desde Roma. Pero si hubiera habido alguna vez, esta hubiera debido ocurrir el 10 de septiembre. En su historia, bajo el encabezado "NUEVO ESQUEMA VATICANO DE LA EXONERACION DE LOS JUDIOS, YA REVISADO, OMITE LA PALABRA DEICIDIO", Doty no quería que los lectores del "Times" pensasen que él había penetrado los secretos del Vaticano. Se contentaba en dar a entender que su fuente de información, "era una infiltración autorizada por el Vaticano".

Historias semejantes, publicadas en el "Times", predijeron algunos otros deslices del Concilio, antes de que estos hubieran ocurrido. La mayoría de esas versiones del "Times" fueron substanciadas en libros y revistas publicadas más tarde, aunque algunas de esas publicaciones hagan referencia a otras fuentes de informaciones especiales. La intelectual revista mensual, "Commentary" del Comité Judío Americano había ya presentado el más frío reportazgo sobre el Concilio y los judíos, bajo la firma de un seudónimo, F. E. Cartus. En una nota marginal el autor remite al lector a un libro de 281 páginas, titulado *"The Pilgrim"*, escrito bajo el seudónimo de Michael Serafian, que confirmaba plenamente las afirmaciones de Cartus. Más adelante, en la revista "Harper's", Cartus, todavía con mayor dureza, expresó sus dudas acerca del nuevo texto relacionado con los judíos. Para apoyar su opinión, reproduce pasajes del *"Pilgrim"* y hace mención a los reportazgos sobre el Concilio de la revista *"Time"*, cuyo corresponsal en Roma se había destacado como escrupuloso autor de un notable libro sobre el mismo Concilio. Por ese tiempo, la revista *"Time"* y el *"New York Times"* de Nueva York estaban sastifechos de tener dentro del Concilio un fiel informador. Sólo como una humorada periodística de las revelaciones del hombre infiltrado eran firmadas con el nombre de "Pushkin", cuando estas informaciones eran secretamente dejadas en las puertas de algún corresponsal.

Pero los lectores no vieron aparecer nunca más el nom-

bre de Pushkin en las últimas sesiones del Concilio. La sotana había descubierto el doble agente, que nunca más pudo volver a trabajar. Resultó que Pushkin era el Michael Serafian del libro, el F. E. Cartus de las revistas y un traductor del Secretariado por la Unidad Cristiana, que cultivaba una cálida amistad con el Comité Judío Americano. Por este tiempo Pushkin-Serafian-Cartus estaba viviendo en el Instituto Bíblico, en donde él era bien recibido desde su ordenación en 1954, aunque allí su nombre era el de R. P. Thimoty Fitzharris O'Boyle, S. J. Para los periodistas los informes secretos del joven sacerdote y las fugas tácticas se ajustaban tan bien que el mismo autor no se resistía a adornarlos de vez en cuando con un lenguaje florido y creador. Una imprecisión o dos podrían ser atribuidas a haberse agotado la información que él tenía. Se sabía que estaba escribiendo un libro en el apartamento de una joven pareja. El libro fue terminado finalmente; pero también terminó o bajó en la mitad la amistad. El Padre Fitzharris O'Boyle se dio cuenta que había llegado el momento de emprender una marcha forzada antes de que su superior religioso pudiese averiguar cuidadosamente las razones de esa crisis de su camadería. Salió de Roma entonces, seguro de que ya no podía ser útil allí.

Aparte de su gusto por los seudónimos, por las hermosas mujeres, y por los relatos sobre lo no existente, y, tal vez, siendo un real genio para hacer narraciones humorísticas, Fitzharris O'Boyle era eficiente trabajador en el puesto que tenía en el Secretariado del Cardenal Bea, muy valioso para el Comité Judío Americano y todavía es considerado por muchos en los círculos de Roma, como una especie de genuino salvador en la Diáspora (dispersión). Sin su intervención, la Declaración Judía pudo haber fracasado antes, porque fue Fitzharris O'Boyle quien mejor ayudó a la prensa para denunciar a los romanos que querían suprimirla. El hombre tiene muchas peticiones de sacerdotes.

En las primeras sesiones del Concilio, cuando la Declaración necesitaba ayuda, Fitzharris D'Boyle estaba en Roma; pero en la Cuarta y última sesión del Vaticano II, no había ayuda visible. Y las cosas iban sucediendo con gran ra-

pidez. El texto había al fin salido debilitado, como lo había predicho el "Times". Entonces, el Papa emprendió su viaje para pronunciar su discurso a las Naciones Unidas en el que su "*Jamais Plus la Guerre*" fue un triunfo. Después de ese discurso él recibió con afecto al presidente del Comité Judío Americano en una Iglesia del East Side. Este acontecimiento fue un buen augurio para la causa. En seguida, en la misa del Yankee Stadium, el lector del Papa entonó el texto que comienza "Por miedo a los judíos". Y en la televisión esas palabras causaron ciertamente enorme sorpresa. En todas partes se comentaban las alzas y las bajas de la Declaración en favor de los judíos, y muchos de esos comentarios parecían preparar la eliminación final del documento. El rabino Jay Kaufman, vice-presidente ejecutivo de Lichten había advertido a sus oyentes su propia incertidumbre, "ya que el hado de la sección sobre los judíos se encuentra peloteado, como en un juego de Badmington clerical, entre una próxima declaración y una cierta refutación". Shuster pudo escuchar esta opinión en el Comité Judío Americano. El pudo también oír a la oposición. No contento con una declaración debilitada, él pretendía de nuevo o alcanzar una total victoria o que no se hiciese ninguna declaración. Por ese entonces las últimas palabras de los Arabes fueron "respetuosamente presentadas en un memorandum de 28 páginas en el que se pedía a los Obispos salvar la fe del "comunismo y ateísmo y de la alianza con el Judaísmo comunista".

En Roma, se había señalado el 14 de octubre de 1965 para la votación de los Obispos sobre la Declaración Judía, y tanto Lichten como Shuster veían, casi sin esperanza alguna, el mejorar en lo más mínimo esa Declaración. Los sacerdotes habían introducido, con el texto repartido entre todos los Padres Conciliares de las modificaciones que los Obispos habían pedido, una copia de las secretas respuestas del Secretariado. El "modi" producía, al leerlo, una sensación de desconsuelo. En el antiguo texto, el origen judío del catolicismo estaba expresado en un párrafo que principiaba: "En verdad, con un corazón agradecido". Dos obispos (pero, ¿cuáles dos?), sugirieron que las palabras "con un corazón

agradecido", fueron retiradas, porque temían que esas palabras pudieran ser entendidas como si los católicos estuvieran obligados a dar gracias a los judíos de ahora. "La sugestión fue aceptada", decidió el Secretariado. Las respuestas del Secretariado siguieron ese camino por más de 16 páginas. En todas ellas, se dieron pocas razones para explicar por qué se quitó el calor al antiguo texto, haciendo al texto más legal que humano.

Cuando Shuster y Lichten terminaron de leer el nuevo texto, llamaron por teléfono al Comité Judío Americano y a la B'nai B'rith de Nueva York. Pero ninguna de estas dos organizaciones pudieron hacer nada. Fue Higgins el que primero trató de convencer a los dos desanimados "coyotes" para que recibiesen serenamente lo que ellos lograron conseguir. Todavía por uno o dos días, el Obispo Leven de San Antonio les dió alguna esperanza. Pensaba él que el nuevo texto estaba tan debilitado que los Obispos americanos se verían obligados a votar en bloque en contra de ese texto. Si eso hubiera sucedido, tal táctica hubiera sumado algunos centenares de votos negativos al bando de los conservadores y de los Arabes y habría dado la impresión que el Concilio se hallaba tan dividido en este punto, que el Papa no podría atreverse a promulgar nada. Por eso se abandonó luego esa táctica de protesta en la votación. Lichten no se daba todavía por vencido y envió telegramas a más de 25 Obispos con la esperanza de que ellos pudiesen restaurar el texto vigoroso; pero de nuevo fue Higgins quien calmadamente le aconsejó que desistiera: "Mira, Joe, le dijo a Lichten el sacerdote, con ademanes de un abogado especializado en asuntos laborables, "yo comprendo tu descontento. Yo también estoy descontento". En seguida se fue del mismo modo a consolar a Shuster.

En su propio aposento, en donde Higgins pensaba que Lichten y Shuster por primera vez se habían reunido en Roma, el sacerdote les habló como si fuese un oficial que pretendía poner en orden a su regimiento. "Si Uds. dos dan la impresión en Nueva York, les dijo, de que se podía haber alcanzado un mejor texto para la Declaración, están Uds. locos". "Poned sobre la mesa vuestras cartas. Es secilla-

mente insensato pensar que por algunas presiones aquí o por algunos artículos de prensa allá, en Nueva York, Uds. pueden hacer un milagro en el Concilio. Vosotros no obtendréis lo que pretendeis y ellos pensarán que habéis fracasado en vuestro intento".

Lichten recuerda todavía más: "Higgins dijo: 'debéis daros cuenta del daño que se haría, Joe, si nosotros permitimos que estos cambios que se han hecho en el texto se conviertan en barreras para interceptar el camino que hemos emprendido hace ya tanto tiempo. Y esto puede suceder, si su gente y la mía no responden a los aspectos positivos del nuevo texto'. Este fue el argumento sicológico decisivo para mí" dijo Lichten. Shuster no estaba convencido, sin embargo, él recuerda bien la conversación de ese día. "Tuve que romper mi cabeza y mi corazón, dijo, para pensar lo que debíamos hacer. Pasé por una crisis, pero al fin fui convencido por Higgins. El que se hubiese omitido en el nuevo texto la palabra Deicidio, no lo consideré yo francamente como una catástrofe. Pero, el que se hubiese cambiado la palabra 'condena' por la palabra "deplora" esto es otra cosa. Cuando yo le piso un pie inadvertidamente, Ud. deplora lo que yo he hecho. Pero ¡una masacre! ¿es bastante deplorar una masacre?" Un diferente punto de vista fue tomado por el Abad René Laurentin, miembro moderador del Concilio, el cual escribió a los Obispos para hacerles un último llamamiento a su conciencia. Si no volviese a haber antisemitismo en el mundo, nada le importaría a Laurentin la negación del crimen del Deicidio, atribuído al pueblo judío, pero como la Historia nos obliga a ser pesimistas en esta materia, Laurentin pedía a los Obispos el que se supusiese, como una hipótesis, que el genocidio volviese a repetirse. "Entonces, argüía Laurentin, el Concilio y la Iglesia serán acusados de haber dejado sin extirpar la raíz emocional del antisemitismo, que es el tema del Deicidio". El Obispo Leven había expresado su deseo de que la palabra Deicidio fuese suprimida en el vocabulario cristiano, cuando un año antes él había pedido el retorno al texto primitivo más explícito y enérgico. Ahora el Secretariado había suprimido en la nueva declaración la palabra Deicidio y de tal manera había suprimido esta pa-

labra Deicidio del vocabulario cristiano, que aun la proscripción de la palabra fue omitida. "Con dificultad puede uno evitar la impresión, escribió Laurentín, "de que estos argumentos tienen algo de artificioso".

Antes de la votación en San Pedro el Cardenal Bea habló delante de toda la Asamblea de los Obispos. Dijo que su Secretariado había recibido "sus modi" con agradecido corazón y que las palabras, objetadas por los Obispos, habían sido las primeras en ser suprimidas. El habló sin entusiasmo, como quien se da perfectamente cuenta de que estaba pidiendo a los Obispos menos de lo que Jules Isaac y Juan XXIII hubieran deseado. Exactamente 250 Obispos votaron contra la Declaración, mientras 1763 la respaldaron. En los Estados Unidos y en Europa, horas después, la prensa hizo simple lo que en realidad era complejo, con encabezados como estos: "El Vaticano Perdona a los Judíos", "Los Judíos no son Culpables", o "Los Judíos Exonerados en Roma".

Brillantes comentarios hicieron entonces los voceros del Comité Judío Americano y de la B'nai B'rith, aunque en esos comentarios hay una nota de desencato, porque el texto más vigoroso de la Declaración había sido debilitado. Heschel, amigo de Bea, fue el más duro en sus comentarios y llamó la decisión de suprimir la palabra Deicidio: "un acto de pleitesía a Satanás". Más adelante, ya con más calma, él simplemente se mostraba consternado. "Mi viejo amigo, dijo Heschel, el Padre jesuita Gus Weigel pasó una de las últimas noches de su vida en este cuarto". "Yo le pregunté ¿si él creía que fuese realmente *ad majoren Dei gloriam* el que no hubiese más sinagogas, ni comida de los "sederes", ni oraciones en hebreo?". La pregunta fue meramente retórica y Weigel está ya en su tumba. Otros comentarios se hicieron, desde lo triunfal hasta lo satírico. El Dr. William Wexler, de la confederación Mundial de Organizaciones Judías, procuró ser más preciso: "El verdadero significado de la Declaración del Concilio Ecuménico, nos los darán los resultados prácticos que esa Declaración tenga en aquellos a quienes está dirigida". Harry Golden de la *"Carolina Israelita"* pedía un Concilio Ecu-

ménico Judío en Israel para hacer la declaración judía sobre los cristianos.

Con su innecesaria mordacidad en sus respuestas, el comunista estaba reflejando una opinión popular en los Estados Unidos, según la cual se había concedido a los judíos un especie de perdón. Esa idea fue iniciada y sostenida por la prensa, aunque no tenía base alguna en la Declaración. Lo que, sin embargo, comprensiblemente consiguieron, fue abrir una disputa en torno del Concilio, que presentaba a los judíos como si hubiesen estado en el banquillo de los acusados por cuatro años. Si los acusados no se sienten completamente exonerados, cuando se pronunció el veredicto, es porque el proceso se prolongó por demasiado tiempo.

Esta demora era completamente comprensible, si se tenían en cuenta las razones políticas, pero pocos fueron los que quisieron atribuirla a motivos religiosos. La actual cabeza de la Santa Sede, como el hombre cumbre de la Casa Blanca, está firmemente convencido de que debía buscarse una votación mayoritaria o unánime, cada vez que estaba a discusión un tema importante. Por el principio de la colegialidad, según el cual todos los Obispos ayudan al gobierno de toda la Iglesia, cualquier tema importante dividía al Colegio Episcopal en dos grupos: el progresista y el conservador. El papel del Papa consistía en reconciliar a estas dos alas. Para remediar estas divisiones en el Colegio Episcopal, el Papa tenía que acudir bien fuese a la persuasión o a la imposición que trastornaba el principio de contradicción. Cuando una facción decía que la Escritura sola era la fuente de la enseñanza de la Iglesia, la otra defendía que eran dos fuentes: la Escritura y la Tradición. Para poner un puente entre las dos opiniones, la Declaración fue de nuevo redactada con toques personales de Paulo en las que se reafirman las dos fuentes de la revelación, no sin dejar de dar a entender que el otro punto de vista merecía estudio. Cuando los oponentes de la Libertad Religiosa decían que esa declaración podría oponerse a la antigua doctrina de que el catolicismo es la única y verdadera Iglesia, una solución parecida bajó, a la aula del Concilio, del cuarto piso del Vaticano. Ahora la Declaración sobre la libertad religiosa comienza con la doctri-

na de la única verdadera Iglesia, que, según el pensamiento de algunos conservadores satisfechos con esa Declaración, contradice el texto que sigue después de esa afirmación inicial.

La Declaración Judía tuvo mayores conflictos para tener el consentimiento universal que Paulo pretendía. Aquellos que veían una dicatomía (división) en la Declaración, pudieron darse cuenta que esa división también existe en el Nuevo Testamento en el que todos, sin embargo están de acuerdo. Pero ¿hasta qué grado estaba complicada la Declaración con la política de los Arabes? En Israel, después de la votación, existe la impresión de que las masas cristianas de los árabes eran más indiferentes en esta disputa de lo que los intérpretes conservadores de la Escritura hubieran querido. Los periódicos del Medio Oriente nos dan una evidencia considerable en este punto. Por las leyes de Newton, en movimientos políticos, la presión origina una contrapresión, más frecuentemente de lo que los "coyotes" quisiesen admitir. Y una de la hipótesis más ponderadas de la B'nai B'rith en gran parte y algunas de las intransigencias teológicas de los conservadores fueron originadas por las intrigas de elementos judíos. Había desde el principio temores de que las actividades subterráneas del Judaísmo llegasen a ser contraproducentes. Nahum Goldmann advirtió a los judíos con oportunidad, "a no exigir esa Declaración con demasiada intensidad". Muchos elementos judíos no lo hicieron así. Después de la votación, cuando Fritz Becker, el hombre callado de la W.J.C., confesó que él había alguna vez entrevistado a Bea en su casa, dijo que no se había mencionado la Declaración. "El Cardenal y yo, dijo Becker, sencillamente hablamos acerca de las ventajas que tenía el no hablar de la Declaración".

Hay católicos, que estuvieron cerca del teatro de los acontecimientos en Roma, quienes piensan que la actividad judía fue dañosa. Higgins, el sacerdote de la acción social de Washington, no es uno de ellos. Si no hubiera sido por este trabajo subterráneo de los coyotes, opina él, la Declaración hubiera fracasado. Pero, el Cardenal Cushing, en su modo áspero de hablar, dijo que los únicos que podían

haber dado al traste con la Declaración Judía eran los "coyotes" judíos. El Padre Tom Stransky, vigoroso y joven Paulista, que conduce un automóvil Lambretta para trabajar en el Secretariado, pensaba que una vez que la prensa entrase en el Concilio, sería imposible detener la presión de esos grupos. Si el Concilio hubiera podido deliberar en secreto. sin insinuaciones ni presiones extrañas, el Padre opina que la Declaración hubiera podido salir más vigorosa.

El mismo Stransky teme que muchos católicos consideren la Declaración, tal como fue votada, como si hubiese sido escrita exclusivamente para los judíos. "Debe tenerse presente que esta Declaración está dirigida a los católicos, que es un asunto de la Iglesia Católica. Yo no temería decir que me sentiría ofendido, si yo fuese un judío y yo pensase que este documento había sido redactado para los judíos". Para los católicos, piensa él que el documento ha sido promulgado para tener los mejores resultados. Fue el superior en el Secretariado de Stransky, el Cardenal Bea, quien más accedió a las peticiones de los conservadores. Bea, se dió cuenta aparentemente ya muy tarde de que hay algunos católicos, más piadosos que instruidos, para quienes su desprecio a los judíos es inseperable de su amor a Cristo. El que el Concilio hubiese declarado que los judíos no mataron a Cristo habría sido un cambio demasiado brusco para la fe de esa gente sencilla. Esa gente está formada por los que pudiéramos llamar simples dogmáticos del catolicismo. Pero había muchos Obispos en el Concilio, que si estaban lejos de ser simples, no dejaban de ser dogmáticos. Ellos sintieron la presión judía en Roma y se molestaron por esta causa. Ellos pensaron que los enemigos de Bea estaban en lo justo, cuando veían que los secretos del Concilio aparecían en los periódicos americanos. "Bea quiere entregar la Iglesia a los judíos", decían, del viejo Cardenal, los que sembraban el odio contra él, y algunos dogmáticos del Concilio consideraban el cargo como justo. "No digan que los judíos han tenido parte en obtener esta Declaración, dijo un sacerdote, porque de lo contrario toda la lucha con los dogmáticos volverá empezar". El Padre Feliz Morlion de la Universidad Pro-Deo, que encabeza el grupo de estudio que trabaja en unión con el Comité Judío Americano, opinó que

el texto promulgado fue el mejor. "El texto anterior tenía más en cuenta la sensibilidad del pueblo judío, pero no producía la claridad necesaria en la mente de los cristianos". "En este sentido era menos efectivo para la causa del pueblo judío".

Morlion sabía perfectamente lo que los judíos habían hecho para obtener la Declaración y por qué los católicos habían aceptado ese compromiso. "Nosotros hubiéramos podido derrotar a los dogmáticos, insistió el Padre". "Ellos hubieran ciertamente perdido, pero el costo hubiera sido la división de la Iglesia".

JOSEPH RODDY.

COMENTARIO AL TEXTO ANTERIOR

El problema judío, fue y es, para el Judaísmo Internacional y para todos los elementos que pudiéramos denominar de izquierda, uno de los temas más importantes, si no el más importante, de los que se discutieron en el Concilio Ecuménico Vaticano II. **Joseph Roddy**, en la revista **LOOK**, de circulación internacional, nos presenta con franqueza inaudita las maquinaciones subterráneas, desconocidas por la mayoría de los crédulos católicos y no católicos, por medio de las cuales el Judaísmo Internacional, según afirma, logró sentar en el banco de los acusados a la Iglesia de Cristo, para arrancarle así esa célebre Declaración, cuyos tres puntos principales son los siguientes:

a.—Exoneración del pueblo judío de toda responsabilidad en la pasión y muerte de Jesucristo.

b.—Lamentación de todas las persecuciones que haya sufrido o esté sufriendo el pueblo judío, por cualquier persona o grupo y en cualquier tiempo de la historia y en cualquier región del mundo.

c.—Establecimiento del diálogo fraterno entre el judaísmo religión y el catolicismo.

Naturalmente que ante la conciencia católica se plantean muy graves problemas con esa Declaración Conciliar. Pero, la primera y la más importante es el precisar el valor de esa Declaración, en la mente de los Padres del Concilio y en la teología católica. ¿Es una declaración dogmática? ¿Deja de ser católico el que no cree o admite esa Declara-

ción? ¿Qué nota teológica vamos a dar a todo el texto y a cada una de las partes de ese texto? Si la Declaración no es dogmática ¿podemos afirmar que tiene un carácter disciplinar en la nueva Iglesia? En otras palabras: ¿podemos decir que la Iglesia impone a sus hijos la obligación grave de aceptar esas proposiciones, que integran la Declaración y que dogmáticamente no son ciertas? Si no tienen un valor dogmático ni un valor disciplinar ¿tienen entonces un valor pastoral? ¿Se puede hacer labor pastoral disimulando o encubriendo la verdad? Los teólogos serán los encargados para precisarnos después el valor teológico de esa Declaración conciliar.

Lo que sí parece claro y ampliamente lo comprueba el artículo de **LOOK**, que estamos comentando, es que en todo este asunto hubo política, mucha política y que el Judaísmo Internacional desarrolló una actividad asombrosa y puso en juego sus recursos económicos estratosféricos para desorientar a la opinión pública y para hacernos negar la historicidad misma de acontecimientos que son ampliamente conocidos. Se nos hizo creer que esa Declaración no solamente era vital para el futuro del mundo, sino estrictamente necesaria para librar el cristianismo de las tendencias de odio antisemítico, que tarde o temprano tendrían que volver a manifestarse en nuevas y espantosas masacres. Y lo hemos aceptado, con un espíritu de fe casi divina, sin darnos cuenta de que esta confesión implicaba la negación de nuestros valores más sagrados.

Por eso, es necesario ahora especificar el verdadero sentido que tiene y ha tenido siempre el problema judío, ante la afirmación cristiana de la divinidad de Jesucristo y su misión mesiánica, en el decurso de la historia, veinte veces secular, de la Iglesia. Para poder definir con mayor precisión y exactitud el problema judío, empezaremos por decir lo que NO ES el problema judío.

I

El problema judío NO ES, como lo han presentado muchas veces los interesados, el *antisemitismo;* no es, ni nunca ha sido un problema racial. Sería absurdo afirmar que el cristiano aborrece al judío, porque tiene sangre judía. Judíos son Cristo, su Madre Santísima, los Apóstoles y tantos y tantos verdaderos cristianos de origen judío, que ya desde la Iglesia Apostólica han formado parte del cuerpo místico de Cristo.

En la verdadera fe cristiana, el racismo segregacionista no existe, ni puede existir. Por razón de nuestro origen común, de nuestros idénticos destinos y por la universal redención de Cristo, con la vocación que ella implica a la verdadera fe y a la única Iglesia, fundada por el Redentor, todos los hombres ante Dios somos iguales. Judíos y gentiles podemos abrazarnos en la fraternidad más sincera, que sólo puede existir cuando hay unidad de fe, identificación en la esperanza y fusión divina en la verdadera caridad cristiana.

Es necesario disipar ese engañoso fantasma del *antisemitismo,* que es el parapeto tras el cual esconde la ambición su conspiración internacional. La palabra misma *antisemitismo,* para expresar la persecución racial al pueblo judío, es impropia, etnológicamente hablando, ya que no sólo los judíos son semitas; también los pueblos árabes —para citar únicamente un ejemplo— tienen origen semítico, y, sin embargo, jamás los pueblos árabes han protestado por el antisemitismo del pueblo cristiano.

En los países, dominados política y económicamente por el Judaísmo Internacional, el *antisemitismo* es un *tabú*; es un crimen de Estado; es el más grave delito en que pueden incurir los individuos y las colectividades.

2

El problema judío NO ES tampoco un problema religioso. Es falso que los Evangelios y demás libros del Nuevo Testamento hayan propagado el antisemitismo judío "como una enfermedad social por el organismo del género humano, durante veinte siglos que han pasado desde la muerte de Cristo"; es falso que la tradición, que la liturgia, que la teología, que la catequesis católica hayan nunca inculcado el odio a los judíos, por el hecho de ser judíos. Si la Iglesia, por boca de los Papas o de los Concilios, ha denunciado y condenado los crímenes, los errores y las secretas profanaciones de los judaizantes, ha sido solamente en legítima defensa de lo que Dios mismo les había confiado.

No se puede mudar el texto sagrado para satisfacer las exigencias de los que son y han sido los enemigos de Cristo. La verdad histórica y la verdad revelada no pueden ser sacrificadas por complacer a las Organizaciones Judías que lo han pedido.

No dejamos de comprender todos los católicos que, a pesar de la responsabilidad colectiva que pesa sobre el pueblo escogido, de una manera solidaria, los judíos que ahora viven no son los actores inmediatos del drama del Calvario. No dejamos de ver que la responsabilidad colectiva del pueblo deicida no es una responsabilidad personal, consecuencia de una culpa individual de estos descendientes actuales de Israel. Bien lo advirtió el Concilio en su Declaración: ni todos los judíos que vivían en tiempo de Cristo, ni todos los judíos que ahora viven son responsables personales e inmediatos del Deicidio, aunque exista, como ya indicamos, una responsabilidad colectiva sobre todo el pueblo, colectivamente escogido por Dios y que colectivamente rechazó a su Mesías. Algo semejante a lo que nos sucede a todos

los descendientes de Adán, que, sin haber personalmente cometido el primer pecado, cargamos, sin embargo, con las consecuencias de ese pecado, hasta poder decir San Pablo que en Adán todos pecamos.

3

El problema judío NO ES, tampoco un problema de ataque, un nuevo *Nacismo;* no es una persecución, una guerra de exterminio. Por el contrario, el problema judío es exclusivamente la legítima y necesaria defensa de las esencias mismas de lo que somos, de lo que creemos, de lo que amamos, de lo que constituye el patrimonio más sagrado de la humanidad. El ataque no es nuestro, es de ellos; no habría defensa, si no hubiera ataque. El ataque del Judaísmo a la Iglesia ha sido secular, veinte veces secular; ha sido permanente: unas veces solapado, insidioso, cauto; otras veces violento, destructor, incendiario y sangriento. ¡Ojalá y las defensas de la humanidad hubieran estado siempre alerta, decididas, inflexibles ante la gran conspiración judía!

4

Hemos ya dicho lo que NO ES el problema judío. Digamos ahora lo que, en realidad ES el problema judío, el problema que no nosotros, sino la incredulidad y las ambiciones judías han planteado, no sólo en el mundo cristiano, sino en el mundo pagano antes de Cristo.

El problema judío es la pretensión, que siempre ha tenido el Judaísmo —religión y pueblo— de destruir las instituciones, dominar gobiernos y eliminar las debidas defensas, para establecer en el mundo un *racismo sagrado*, un grupo etnológico de "intocables", que domine a pueblos y naciones, como consecuencia de una falsa premisa, que quiere asegurarnos, aun después de su repulsa consciente del Cristo prometido, que ese pueblo, el pueblo judío, sigue siendo, por razón exclusiva de la sangre de Abraham, el pueblo escogido, el pueblo de las promesas divinas, el pue-

blo destinado a gobernar a todos los pueblos de la tierra. Planteado así el problema ,es evidente que Cristo y su Iglesia salen sobrando; son los enemigos número uno del Judaísmo. Así se explica la lucha contra Cristo, que culminó en el Calvario y que se prolongó después hasta el sepulcro mismo; y así se explican también las luchas seculares y no interrumpidas que el Judaísmo ha tenido y tiene en contra de la Iglesia. Porque sería pueril que el pueblo cristiano aceptase el diálogo y la amistad judeo-cristiana, que especialmente en los Estados Unidos se fomentan, como una prueba fehaciente de que las hostilidades de nuestros eternos enemigos han ya terminado.

Una prueba apodítica de la intriga y conspiración judía nos la ofrece una organización hebrea, cuya historia serviría para hacer ver al mundo el peligro en que se halla. La *B'nai B'rith* significa los "Hijos de la Alianza". Es una organización exclusivamente judía, secreta y masónica. Ninguna persona que no sea judío o masón puede ser admitido en esta organización. La B'nai B'rith es un importante y central instrumento del Sionismo político. Es el que dirige el Sionismo político. La B'nai B'rith inspira y guía en sus varias formas a lo que pudiéramos llamar un Naturalismo Organizado. Actúa como el cerebro de los ataques sionistas en contra del Reino de Cristo. Es directa y antagónicamente opuesta al cristianismo.

La "Anti-Defamation League" es una arma de la B'nai B'rith. En realidad su verdadero título es: "The Anti-Defamation League of the B'nai B'rith". Es una organización poderosísima, que tiene activas agencias en las principales ciudades de los Estados Unidos. Posee enormes riquezas para atacar y perseguir a los cristianos. Su bandera principal de combate es contra el "anti-semitismo", palabra que expresa y comprende a todos los que se atreven a criticar a los judíos o las cosas judías. Tiene todo un tinglado legal para crear problemas legales a todos los recalcitrantes. Es además un sistema de espionaje poderosísimo, del que es muy difícil evadirse. Ejercita un tremendo poder en las autoridades federales, locales o estatales. Controla la política, el comercio.

la educación y las organizaciones sociales o religiosas y dirige con poderosa maquinaria la opinión pública. Un análisis de la técnica de la Liga Antidifamatoria de la B'nai B'rith nos demuestra con evidencia que es la protección y garantía de un ultra-racismo y el promotor activísimo del anticristianismo. Alcanza sus fines por medio de la *difamación* y no por la *anti-difamación.*

5

Los defensores del Judaísmo naturalmente no aceptan la realidad impresionante del problema judío, tal como nosotros lo hemos descrito. Para ellos ese problema es fruto "de las mentes enfermas, siempre prontas a argumentar en todas las materias, que parece que se han unido en todas las ocasiones para despreciar y atacar a los judíos". Este es el recurso supremo que han usado siempre los judíos para destruir a sus enemigos o, por lo menos, para nulificar su ataque de defensa. Mentes enfermas, han sido los apóstoles; mentes enfermas han sido los Papas que condenaron las fechorías del Judaísmo; mentes enfermas los Obispos y los Concilios que han denunciado el peligro manifiesto de esos eternos conspiradores, y mente enferma fue el mismo Jesucristo que, al no aceptar la ambición racial y absurda de su propio pueblo y al proclamarse a sí mismo como Mesías y Salvador del mundo, contrarió abiertamente el futuro de Israel, como lo había soñado y descrito la incredulidad y la soberbia de los jefes de ese pueblo deicida. La historia no puede enmendarse, para satisfacer los intereses o las conveniencias de los individuos o de las colectividades humanas. Con insultos y calumnias nunca se han destruido los argumentos válidos de la razón y de la fe.

6

Los impugnadores de esta tesis católica, tradicionalmente católica, que han planteado el problema judío en los

términos expuestos anteriormente, apoyan su inconsistente argumentación en estas falsas premisas:

a) Parecen afirmar que la sangre de Abraham, como un sacramento, hace al judío, *ex opere operato*, individual y colectivamente, el término y el objeto de las promesas y bendiciones divinas. Algo así como si las generaciones sucesivas de Adán hubieran sido, en el plan divino, no el medio *quo*, sino el *fin* y el *objeto* de nuestra elevación al orden sobrenatural.

Usando un lenguaje escolástico, tan desacreditado en nuestros días, convendría distinguir, *in actu primo*, el *objeto material* y el *objeto formal* de esta elección y bendiciones divinas. El objeto material de la elección divina, al menos en el Antiguo Testamento, pudo ser y de hecho fue, la sangre de Abraham, trasmitida por las generaciones sucesivas entre sus descendientes, que formaron así el pueblo providencialmente escogido. Pero el *objeto formal* de los planes divinos no es, ni pudo ser la generación material. Esto sería absurdo e indigno de Dios, ya que las elecciones divinas, exigen siempre la libre correspondencia de la criatura a su Creador. En el caso presente, tratándose, en el último término, de la obra redentora, el objeto formal del plan divino era ese pueblo, en cuanto medio, para preparar la venida del Mesías. Por ser seres libres los integrantes de ese pueblo, este *objeto formal* exigía y presuponía la correspondencia libre de las voluntades humanas, individuales y colectivas, a los planes divinos. No por tener sangre de Abraham podemos afirmar que los judíos sean los hijos predilectos del Altísimo, sino por la fidelidad con que respondiesen a la especialísima misión que Dios les diera; fidelidad que presupone como base el reconocimiento y aceptación de Jesucristo como el prometido Mesías e Hijo de Dios.

b) Otra premisa falsa de los Progresistas parece afirmar que entre el Cristianismo y el Judaísmo (religión y pueblo) existe un vínculo de continuidad, de evolución, de cierta unidad. Esta suposición nos parece insostenible, a la luz de la misma divina revelación, a pesar de que no dejamos de ver y aceptar que los libros del Antiguo Testamento, que

fueron para el pueblo judío su tesoro más precioso, son para nosotros la palabra de Dios. Entre el Judaísmo (religión y pueblo) y la Iglesia de Cristo no existe más relación que la que se da entre la preparación y la acción, entre la figura y la realidad. Podemos decir que espiritualmente somos hijos de Abraham, en cuanto somos hijos de su fe y de la promesa; pero, esta filiación nada tiene que ver con la carne, como dice San Juan en el prólogo de su Evangelio. La Sinagoga, negando a Cristo, terminó su función el día de Pentecostés cuando los Apóstoles se lanzaron a predicar al mundo entero al mismo Cristo crucificado, a quienes los judíos habían rechazado. *De ser preparación para el advenimiento del Mesías, se convirtieron en negación y guerra a la obra divina.*

Sabemos muy bien que, a pesar de su infidelidad colectiva, "el amor de Dios a los Padres", a Abraham, Isaac, Jacob, etc., hace, por misericordia del Señor, que la ruina de Israel no sea total ni sea definitiva. Siempre ha habido judíos sinceros que han recibido la luz de la fe y se han convertido a Cristo Jesús; al final de los tiempos, todo el pueblo mesiánico volverá a la plenitud de la verdad, de la que ahora están tan lejos. Pero, la salvación individual o colectiva para los judíos, solamente puede darse por el reconocimiento sincero de Cristo crucificado, como el Mesías prometido y el Hijo natural de Dios vivo. *¡Qué caigan de rodillas ante Cristo Jesús y el problema judío ha terminado!*

7

Los defensores de la pretensión judaica no solamente eluden la verdad histórica y la verdad revelada, que la Iglesia siempre ha enseñado, sino que van más adelante: para complacer al Judaísmo Internacional, condenan a la Iglesia; condenan implícitamente no solo la nefanda Inquisición, sino todas las necesarias defensas que la Iglesia Católica haya podido tomar, en cualquier tiempo y por cualquier causa, contra las incursiones y ataques, abiertos u ocultos, con que la Sinagoga ha podido combatir a la obra

de Jesucristo. Es una condenación en masa; es una condenación de más de 30 Pontífices y de varios Concilios, que han tenido que levantar su voz contra los desmanes, las intrigas, los crímenes perpetrados por los judíos, por la mafia, que no por tener sangre de Abraham son impecables.

¿Vamos a afirmar ahora que todos esos Papas, todos esos Concilios, todos esos santos se equivocaron? ¿Vamos a confesar, *con un mea culpa* absurdo, que la Iglesia de veinte siglos careció de la caridad cristiana e incurrió en injustos prejuicios raciales? ¿Vamos a hacer víctimas a los culpables, a los que la justicia condenó por sus probados crímenes? Ante el dilema: la Iglesia o los judíos, parece que sus celosísimos defensores escogieron a los judíos, como ellos antes habían escogido a Barrabás y habían rechazado al Hijo de Dios vivo. La historia se repite.

Y para hacer esa elección, para confesar la culpabilidad de la Iglesia en el pasado, para declarar persecuciones injustas las penas impuestas a las fechorías de la judería, ¿han estudiado los jueces a fondo el problema? Tal vez un sentimentalismo que simula la caridad o una conveniencia personal o una consigna secreta de ignorada procedencia haya impulsado a no pocos católicos a convertirse ahora en los abogados defensores del Judaísmo Internacional. Bien está la caridad, pero también bien está la justicia: ni caridad sin justicia, ni justicia sin caridad.

8

Si las legítimas defensas que tomemos los critianos, contra las maquinaciones comprobadas de la mafia judía, establecen, según nuestros supuestos enemigos, un *racismo* de víctimas, injustamente odiadas y perseguidas, la incolumidad con que el Judaísmo exige estar protegido, viene a establecer otro racismo, un racismo sagrado con amplio salvoconducto y pasaporte eclesiástico. ¿Cuál puede ser el motivo para establecer ese privilegio exclusivo en favor de los judíos? ¿Acaso son ellos los únicos que han sido perseguidos en la historia de mundo? ¿Por qué no condenar

también específicamente a la Masonería y al Comunismo, engendros ambos de la mafia judía, que han causado millones y millones de víctimas en todo el mundo? ¿Por qué no condenar también, después de haberlos desenmascarado, a los que originaron las dos últimas guerras, las financiaron, sostuvieron y propagaron, a costa de tanta sangre, de tantos sufrimientos y de tan horribles tragedias familiares, nacionales e internacionales?

Suponiendo que fuese verdad "La Mentira de Ulises", suponiendo que realmente el nazismo sacrificó en los hornos crematorios a seis millones de judíos ¿es ésta una razón suficiente para establecer ese *racismo sagrado?* ¿La Masonería y el Comunismo y la mafia sionista no han cometido también crímenes inauditos, cuyas víctimas sobrepasan en mucho a los seis millones de la leyanda? El prestigiado Dr. judío Listojewski escribió en la revista "The Broom" de San Diego (California) el 1 de mayo de 1952: "Como estadístico me he esforzado durante dos años y medio en averiguar el número de judíos que perecieron durante la época de Hitler. La cifra oscila entre 350 mil y 500 mil. Si nosotros los judíos afirmamos que fueron 6 millones, esto es una infame mentira".

En realidad la persecución nazi contra los judíos no ha sido la única persecución que ese pueblo ha sufrido. Desde los tiempos anteriores a Cristo, los hijos de Israel, fueron atacados, desterrados y hasta amenazados de exterminio. Primero en Egipto, después en Nínive y Babilonia, en Persia; más adelante, en tiempos cristianos, Inglaterra católica, Francia católica y España católica tuvieron que expulsar de su seno a todos los hijos de Israel, que con su presencia y su actividad sediciosa habían puesto en peligro la existencia misma de esos pueblos.

9

¿Qué importancia puede tener para el Sionismo internacional, que ha sido el verdadero promotor de esta Declaración Conciliar, el que la Augusta Asamblea le exonere

de la responsabilidad que tiene en la muerte de Jesucristo, en quien no cree, a quien aborrece, a quien considera el obstáculo invencible de sus mismas ambiciones de mando y de gobierno universal? El Judaísmo Internacional, la mafia que lo gobierna, busca hoy, como ha buscado siempre, la eliminación, el exterminio de su rival, que es Cristo Jesús.

La absolución conciliar del crimen del Deicidio solamente interesaba a las organizaciones judías por los resultados políticos, que de esa absolución ellas esperaban y esperan alcanzar. Negado el Deicidio oficialmente por la Iglesia, el cristianismo habría asentado la premisa necesaria para negar su fundamento mismo, la divinidad y la mesianidad de Jesucristo. Pero en esto sus intentos fracasaron. La Declaración no menciona el Deicidio.

Mayor importancia política tenía y tiene para esas organizaciones judías la condenación explícita de eso que ellas llaman *antisemitismo*. Una condenación así hubiera sido definitivamente benéfica para la futura realización de todos los planes políticos del Judaísmo Internacional. No alcanzaron esta condenación: el Concilio tan sólo *deplora* "el odio, las persecuciones y los movimientos de antisemitismo que hayan sido promovidos contra los judíos, en cualquier tiempo y por cualquier persona". El Concilio no deplora las legítimas defensas que hayan usado o usen los cristianos, cuando los judíos, oculta o descaradamente, han pretendido o pretenden combatir la fe de Cristo, la Iglesia y las instituciones cristianos; como tampoco deplora el Concilio los justos castigos impuestos a los delincuentes convictos. ¡Claro está que siempre podemos deplorar la desgracia de los culpables, mientras se trata solamente de la justicia humana. no de la justicia de Dios! Nadie puede deplorar el castigo merecido por los réprobos en el infierno.

Sería incorrecto el pretender interpretar las palabras de la Declaración Conciliar como una condenación expresa del antisemitismo. La Iglesia no entra a discutir los enormes problemas políticos, sociales y jurídicos que el llamado antisemitismo puede plantear ante la conciencia humana. La Iglesia no nos dice que todos los sufrimientos que han

sufrido los judíos, individual o colectivamente sean realmente movimientos antisemíticos; la Iglesia no prentede aceptar las maquinaciones con que la mafia quiera combatir al cristianismo o quiera destruir la libertad de los pueblos libres. Buen cuidado tuvo Su Santidad Paulo VI, en su visita a Tierra Santa y en su entrada al Estado de Israel, el evitar cualquiera circunstancia que pudiera ser después interpretada políticamente, como una aprobación del Papa de la usurpación injusta de Palestina por el Sionismo Internacional.

Pudiera pensar, tal vez, alguno, que hubiera sido mejor el que no se hubiera hecho esa Declaración en el Concilio; pastoralmente, a lo menos por ahora, no creo que se haya conseguido ningún acercamiento del Judaísmo al reconocimiento, aceptación y entrega total a Jesucristo, que es el objetivo único de toda pastoral. Como se desprende claramente del escrito de Roddy, los judíos rechazan vigorosamente todo llamamiento de conversión a Cristo. ¿Qué objeto podían tener entonces al exigir esa Declaración? Yo no encuentro otro fin que el político. El Judaísmo exigía el visto bueno de la Iglesia, para todo lo que el Judaísmo ha hecho y hace en el mundo, porque el Judaísmo está convencido de que todavía ahora es el único pueblo escogido, mesiánico, llamado a dominar al mundo. La trampa del antisemitismo también pudo haber actuado en la mente de muchos Padres del Concilio. Si no hubiesen promulgado esa declaración, el Judaísmo y sus asociados hubieran condenado a la Iglesia de antisemita. Por eso presionaron con el ataque a la persona excelsa de S.S. Pío XII. en ese mamarracho teatral llamado "El Vicario".

10

Por lo que se refiere al diálogo entre el Catolicismo y el Judaísmo religión, me parece absurdo que la astucia de Su Eminencia el Cardenal Bea no se dé cuenta de que no solamentes es irrealizable, sino absurdo.

El Cristianismo y el Judaísmo están basados en princi-

pios diametralmente opuestos. El Judaísmo es una religión de promesa. El Antiguo Testamento nos demuestra que el Judaísmo terminó con la venida de Cristo. El Cristianismo es el cumplimiento de la promesa de la antigua Ley. ¿Cómo es posible que haya una armonía entre el Cristianismo y el Judaísmo, a no ser que algunos de los dos renuncie a sus principios religiosos? Si queremos nosotros imponer la fraternidad y la armonía de los cristianos hacia los judíos, entonces el cristianismo tiene que renunciar a su verdad central, que es Cristo, el Mesías prometido. Si queremos imponer la armonía a los judíos respecto de los cristianos, sin renunciar a sus ambiciones mesiánicas, pedimos un imposible, una ilusión, una quimera. Los judíos hablan de la religión de la hermandad humana, pero esa hermandad es materialista, naturalista, atea. La fraternidad cristiana, en cambio, es esencialmente sobrenatural. "La salvación, dice Su Santidad Pío XII, no vendrá al mundo, hasta que el género humano, derivando sus inspiraciones humanas y enseñanzas del ejemplo de Cristo, llegue a reconocer que todos los hombres son hijos de un sólo Padre que está en el cielo y están destinados a ser verdaderamente hermanos a través de la unión con su Divino Hijo, que vino a ser el Redentor de todos.

"Solamente esta fraternidad le da al hombre, juntamente con el más alto sentido de su personal dignidad, la seguridad de una verdadera igualdad que es la base necesaria de la verdadera libertad en el goce de nuestros derechos y en el cumplimiento de nuestros deberes, en la obediencia a las leyes dadas por el Dios Todopoderoso y su Divino Hijo para la moralidad y santidad de la vida humana. Solamente esta fraternidad inspira, alimenta y vivifica en los corazones de los hombres aquella caridad verdadera que aborrece toda opresión y violencia, que se levanta sobre todo egoísmo, ya sea individual, ya sea colectivo, que es capaz de sacrificarse así misma por el bien común y dar generosamente de sí misma a todos los que están destituidos y remediar así a todos los que están sufriendo".

II

Al llegar a esta parte de nuestro comentario es conveniente demostrar que el aspecto *teológico* y el aspecto *político*, en el caso excepcional que tratamos, son inseparables; se identifican. El investigador cristiano o no judío puede, sin duda alguna, en un análisis objetivo, distinguir los conceptos fundamentales, entre sí diversos, del aspecto teológico y del aspecto político, bajo el cual puede estudiarse el problema judío. No obstante, a medida que se ahonde en el estudio de ambos aspectos de ese mismo problema, el observador tiene que llegar a concluir, con evidencia, la unificación básica de esos dos aspectos y de los conceptos en que ellos se fundan.

La fe actual del Judaísmo, la que explica su historia, la que contradice los designios de Dios, la que ha inspirado y dirigido todas las actuaciones de ese pueblo singularísimo en la historia del mundo, es una *fe política;* es la convicción arraigada y viviente, que ese pueblo ha tenido siempre y tiene ahora en su futuro destino del gobierno universal del mundo. Aunque parezca paradójico, el Israel incrédulo de nuestros días tiene su fe, tiene su religión, que es *política.* Los mismos hebreos ortodoxos, con una falsa interpretación de la Sagrada Escritura, siguen esperando al futuro Mesías, al caudillo, enviado por Dios, para subyugar todo el mundo al pueblo escogido.

El pueblo judío es esencialmente un pueblo **mesiánico.** No podemos ni definir, ni caracterizar, ni entender al pueblo judío, si no proyectamos sobre sus orígenes y sobre su historia la idea y la persona del *Mesías.* Este *mesianismo esencial* del pueblo hebreo nos lo dicen las promesas que Dios hizo a Abraham su siervo, tronco de donde arranca toda esa raza mesiánica; lo pregona todo el Antiguo Testamento, que, con proféticas voces, fue anunciando, por los varones divinamente inspirados, no solamente el advenimiento del *Cristo* y las circunstancias de su vida, pasión y muerte, sino

que fustigó también, con durísimas palabras, la infidelidad, la obcecación y rebeldía del pueblo escogido. Ese mesianismo judío es como una especiación viviente, que de generación en generación se ha trasmitido y se trasmite todavía en todos los hijos de Israel. Volvemos a decirlo: hasta la incredulidad y el ateísmo, en que hoy viven tantos y tantos judíos, siguen siendo mesiánicos, porque para ellos el Mesías es Israel y su misión política abarca el dominio de todo el mundo.

El mesianismo esencial del pueblo de Israel no es, pues, en manera alguna, una ficción absurda, una creación monstruosa del *antisemitismo*, carente de fundamento y de sentido; como tampoco es un sueño fantasmagórico del pueblo hebreo, sin base ni fundamento alguno. Dios eligió, en verdad, a ese pueblo singularísimo para preparar el advenimiento de Jesucristo y preservar también el Depósito de la Divina Revelación. Israel, volvemos a decirlo, es, por tanto, un pueblo esencialmente mesiánico. Así lo quiso Dios. Negar esto sería negar el sentido teológico de la historia humana.

12

Ese mesianismo propio de esa raza escogida, esa elección divina en orden a la venida de Cristo es la fuente de la *teocracia* única del pueblo de Israel y de las bendiciones y prerrogativas con que Dios indiscutiblemente le favoreció.

En el plan de Dios la *humanidad entera* fue objeto de la misericordia divina. "*Así amó Dios al mundo*, dice San Juan, *que nos dio a su Unigénito Hijo*". No los judíos solamente, la humanidad entera era la causa final del *mesianismo divino*, de la obra redentora de Dios, que fue ocasión y motivo, por así decirlo, de la misma elección divina del pueblo judío. Israel, en el plan redentor fue el medio, la preparación, la imagen representativa; pero la salvación de Cristo abarca a toda la humanidad, sin distinción de razas y de pueblos, presupuesta la aceptación de la fe en Cristo y nuestra regeneración a la vida sobrenatural.

13

Desgraciadamente los dirigentes y las sectas del pueblo judío, los que le representaban, los que expresaban, por así decirlo, la voluntad colectiva de Israel, solidariamente unido por la elección y los planes divinos, no entendieron el sentido espiritual y universal de las promesas divinas y se forjaron la espectación absurda de un Mesías dominador, de un caudillo poderoso, que subyugase a Israel todos los pueblos de la tierra. *Pensaron absurdamente que los judíos y no la humanidad entera, eran el fin que tenía la promesa mesiánica.*

Aquí está la clave, el secreto y la única explicación de la historia excepcional, inquieta y perturbadora de ese pueblo. Este es el por qué de sus luchas, de sus intrigas seculares, de sus ambiciones insaciables y de su conspiración permanente contra todos los pueblos. Por elección divina, por privilegio exclusivo, el Judaísmo, religión y pueblo, piensa estar destinado a dominar al mundo.

14

De aquí se sigue que, para no incurrir en el error, para poder descifrar el enigma judaico, podemos y debemos distinguir dos mesianismos: el *Mesianismo Judío*, que es un Mesianismo **POLITICO**, de ambición, de gobierno, de poderío, de dominio universal sobre todos los pueblos; y el *Mesianismo Divino*, que es la REDENCION, la Salvación de todo el mundo, de todos los pueblos, por el sacrificio de Cristo en en Calvario.

La afirmación del *Mesianismo Judío* inevitablemente implica la negación del *Mesianismo Divino*, así como la confesión y reconocimiento del Mesianismo Divino exige absolutamente el repudio vigoroso del Mesianismo Judío. Por eso, el Mesianismo *Judío* es la antítesis del Mesianismo Divino. Es el anti-Cristo enfrete del Cristo Redentor de todos

los hombres. En otras palabras el dilema es el siguiente: Gobierno Mundial Judío o Reinado de Cristo.

15

Cuando Jesús se presentó ante su pueblo, **in propia venit, et sui Eum non receperut** (Joan I, 11), vino a los suyos y los suyos no le recibieron. "Hic est haeres, venite, occidamus eum, et habebimus haereditem eius" (Mat. XXI, 38): "Este es el heredero, venid, démosle muerte, y tendremos así su herencia", dijeron los dirigentes al pueblo de Israel. El Mesianismo Divino combatido, negado, violentamente atacado por el Mesianismo Judío, es decir, por la Sinagoga, por el Sionismo Internacional. Creyeron, en su soberbia, que, dando muerte a Cristo, podrían hacer suyo el gobierno universal del mundo —que ellos pensaban ser un gobierno material— que a Cristo corresponde: **"Postula a me, et dabo tibi gentes haereditatem tuam, et posessionem tuam terminos terrae"** (Ps. II, 8): "Pídeme y te daré todas las gentes por tu herencia y los términos de la tierra por tu posesión".

Dramáticamente chocan y luchan, durante toda la vida temporal del Salvador, el *Mesianismo Judío* con el *Mesianismo Divino;* es decir, las ambiciones políticas del pueblo judío contra el Hijo de Dios, hecho hombre para salvar a los hombres pecadores. Aceptar a Jesús como el Mesías prometido, hubiera significado para la soberbia Sinagoga la renuncia de todas sus ambiciones, de su tortuosa política, para reconocer humilde, sincera y prácticamente el misterio de la Cruz, que es el escándalo intolerable para los judíos como dice San Pablo (I Cor., I, 23).

Durante el proceso que precedió a la muerte del Señor, el fondo de la ira y las acusaciones todas de sus enemigos, los dirigentes del pueblo de Israel, fue, sin duda alguna, la afirmación categórica que Cristo hizo de su propia divinidad y de su mesianidad. Era necesario que muriese Jesús ignominiosamente, antes de que el pueblo creyese en él. Hubo ocasiones, en las que parecía que ante la evidencia de la santidad de la vida y doctrina del Señor, ante sus milagros

estupendos, las multitudes se acercaban al reconocimiento y a la aceptación de su Mesías. De la buena fe del pueblo brotaron aquellas frases: "nunca ha aparecido en Israel un hombre semejante". *"¿Por ventura es éste el hijo de David?"*. Pero, los fariseos y los príncipes de la Sinagoga respondían con tono de desprecio y con ademán de venganza: "Este hombre arroja a los demonios con la autoridad y el poder del príncipe de las tinieblas".

Y el pueblo, seducido y engañado, seguía a sus jefes, que ciertamente no eran los verdaderos pastores del rebaño. La responsabilidad del crimen del deicidio es, sin duda, mayor en los dirigentes de Israel que en el pueblo sencillo; pero esta mayor responsabilidad no excluye la solidaridad colectiva, como ya dijimos, que pesa sobre todo el pueblo. Cuando Jesús preguntó a sus Apóstoles, en Cesarea de Filipo: *"¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?"* ¿Qué opina el pueblo de Israel acerca de MI? Aunque los Apóstoles manifestaron a Jesús las diversas opiniones que acerca de su persona corrían entre las gentes, no mencionan la Mesianidad del Salvador, su Filiación Divina. Si alguna vez los judíos llegaron a sospechar que Jesús fuese el Mesías, esta idea había sido tenaz y eficazmente combatida y arrancada de la conciencia pública por la intrigante y malévola campaña de sus dirigentes.

Los enemigos de Jesús querían a toda costa legalizar, justificar la condenación del Divino Maestro; querían que apareciese ante el pueblo como un criminal que paga con sus crímenes sus delitos; pero, cuando fallaron los testigos falsos, el sumo sacerdote increpa al Señor y le pregunta: *"Yo te conjuro, en nombre de Dios Vivo, que nos digas si Tú eres el Cristo"*. Y Jesús respondió: *"Tú lo has dicho Yo lo soy"*. Esta era la acusación verdadera contra Jesús, este debía ser el único motivo de la muerte del Redentor: la confesión del *mesianismo divino* que repudiaba y condenaba la absurda y pérfida noción del *mesianismo judío*. La Redención Divina que era atacada a muerte por la ambición judaica del dominio *político* y del gobierno universal del mundo.

Cristo dijo: *"Mi reino no es de este mundo". "Dad al César lo que es del César y dad a Dios lo que es de Dios".* Este es el *mesianismo divino,* intolerable para el *mesianismo judío,* que, hoy como ayer, busca el dominio temporal de este mundo para tener así la hegemonía de todos los pueblos.

Lo que siguió después de la condenación de Jesús por el Sanhedrin de su pueblo es consecuencia; es legalización tortuosa, arrancada a Pilatos, de un crimen inmenso. Por eso claman en el pretorio: *"Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos".* (Mt. XXVII 25). Y esa sangre divina cayó, cae y seguirá cayendo sobre ese pueblo "de dura cerviz", mientras no reconozca y acepte el mesianismo divino, rechazando el falso mesianismo, que su soberbia indómita y sus ambiciones desmedidas han imaginado.

16

Es conveniente insistir aquí en un punto básico, sobre el cual, con sofisma manifiesto se pretende exonerar de toda responsabilidad al pueblo y a la religión judía en la muerte de Cristo. Empezaremos, pues, por precisar conceptos, aunque tengamos que repetir ideas ya expuestas: Una es la responsabilidad *personal* y otra es la responsabilidad *colectiva.* La responsabilidad *personal* solamente existe cuando hay un pecado o un crimen personal; en cambio, la responsabilidad *colectiva* puede darse y de hecho se da, aun en la justicia humana, cuando las colectividades por sus jefes lesionan gravemente los derechos inalineables de los individuos o de otras colectividades agredidas. Así, por ejemplo, es indudable que no todos los alemanes fueron personalmente responsables de las atrocidades de la guerra de Hitler y, sin embargo, todo el pueblo alemán fue considerado responsable, con esa responsabilidad solidaria, hasta exigirle a pagar estrictamente todos los daños y perjuicios de los que se consideraban agraviados y especialmente de los judíos. La solidaridad nacional impuso a todos y a cada uno de los alemanes la responsabilidad colectiva de los crímenes atribuidos a Hitler y a su gobierno; aunque, como ya dijimos, no todos los alemanes podían tener la respon-

sabilidad personal. Los niños de aquel entonces tuvieron que asumir las agobiantes penas impuestas por esa responsabilidad colectiva sobre todo el pueblo.

Así existe también ante Dios una doble responsabilidad: la responsabilidad personal, que cada uno de nosotros tenemos por los pecados propios o individuales, y la responsabilidad colectiva que recae sobre las colectividades humanas, sobre todo cuando existe de por medio un plan divino que abarca y encierra a esas colectividades. Cuando Dios castigó al mundo, en aquel diluvio universal, es evidente que los niños que entonces vivían, los recién nacidos, no podían haber incurrido, ante Dios, con ninguna responsabilidad *personal*, ya que por su edad eran incapaces de cometer pecado personal alguno. Y, no obstante, recaía sobre ellos la responsabilidad *colectiva*, que justifica los justos castigos del Señor. En el lenguaje bíblico, los jefes de raza son identificados con sus respectivas descendencias, que forman con ellos una misma persona moral. Esta solidaridad es más compacta y universal, cuando ha sido establecida por Dios mismo, en orden a la realización de los planes divinos. Así fue la solidaridad que Dios quiso que hubiese entre Adán y todos sus descendientes, en orden a nuestra elevación a la vida divina; y así es también la solidaridad que Dios estableció en el pueblo hebreo, que, como ya dijimos, estaba colectivamente destinado a la preparación del advenimiento de Cristo.

Los mismos hebreos han reconocido siempre y han defendido celosísimamente la solidaridad racial, que existe en ellos por institución misma de Dios. Por ella se consideran el pueblo escogido, el pueblo mesiánico, el pueblo de las predilecciones divinas. Cualquier libro judío nos habla de esta solidaridad sagrada, incluso el Talmud. Pero el gran sofisma está en querer admitir y defender esta solidaridad solamente en las bendiciones y no en las maldiciones y castigos divinos.

Si el *mesianismo divino*, el plan redentor y la elección divina para preparar los caminos del futuro Mesías, con que Dios favoreció al pueblo de Israel, fue para él fuente de las divinas bendiciones y fundamento de todas sus gran-

dezas; el *mesianismo judío*, que, como hemos visto, es la negación y el ataque a los decretos del Señor, fue, es y será para ese pueblo signo de reprobación y castigo de un Dios traicionado y ofendido. O Cristo con sus bendiciones o el anti-Cristo con sus maldiciones: el dilema es ineludible.

La *solidaridad* en las bendiciones, que, en el plan divino, alcanzaba a todos los israelitas, descendientes de los Patriarcas, exige lógicamente la *solidaridad* también en los castigos o maldiciones divinas a los que coletivamente se hizo digno el pueblo hebreo por la incredulidad agresiva de sus dirigentes. Esas divinas bendiciones, esas promesas del amor divino, no fueron absolutas, sino condicionadas. No fue Dios quien falló; fue Israel el que, por sus cabezas, abandonó a Dios. Su infidelidad atrajo sobre él las maldiciones divinas.

Es cierto, como dice San Pablo, (Rom XI 18) que Israel es el olivo y los gentiles son el acebuche, injertado en ese olivo; pero el injerto tiene ahora toda la vitalidad y todos los frutos que el tronco añejo ya no dió. No es la *ley* que ya fue derogada, sino la gracia de Cristo la que nos salva y santifica.

17

Creemos que con lo dicho hemos demostrado la tesis fundamental de nuestro comentario al escrito de Roddy: el problema judío, como lo ha planteado y sostiene la Sinagoga, es un problema mesiánico, es decir, un problema cuya nota esencial es su mesianismo. Es así que el *mesianismo judío*, según la fe de la Sinagoga, en su misma esencia, no es religioso y espiritual, sino político y material. Luego el problema expuesto en su génesis, por la revista LOOK, es un problema político, de raigambres políticos y de proyecciones políticas. El sionismo buscaba las absoluciones conciliares para realizar sus destinos raciales, su *mesianismo judío*. Y es importantísimo, es vital para el futuro del mundo, el que se conozca, se estudie y se demuestre este aspecto práctico y político de la Declaración formu-

lada por el Secretariado del Cardenal Bea, que, como se desprende del comentario de la revista LOOK, fue prohijado, impulsado y llevado a feliz término por la actividad asombrosa de las organizaciones del Judaísmo Internacional. La misma actividad desplegada por los sionistas y sus colaboradores; la actitud de ataque, de desprecio y de calumnia que han tomado contra los que no pensamos como ellos, son una confirmación manifiesta, una nueva prueba de nuestra tesis.

18

Se condena como *antisemitismo lo* que es legítima defensa; se confunde la noción de la caridad cristiana con la traición a Dios y el conformismo entreguista; se declaran exaltados, locos y rebeldes a los que ven el problema en su cruda realidad; se nos ha hecho creer que las amistades judeo-cristianas —fundadas no en la aceptación de Cristo y de su Iglesia, ni siquiera en el establecimiento de un diálogo sincero que busque la verdad y acerque a los judíos no cristianos o anticristianos a una posible conversión, sino en la misma posición inicial del pueblo que en el pretorio de Pilato pidió la muerte de Jesús— va a establecer en el futuro un triunfal acrecentamiento de la PAZ de Cristo en el REINO de Cristo.

Yo pregunto: ¿Es posible el bienestar de la Iglesia, mientras el mesianismo judío, el anti-Cristo siga triunfalmente ensanchando sus tentáculos demoledores y poderosísimos para eliminar a Cristo y a su Iglesia? ¿Qué garantía tenemos no digo ya de la sinceridad judaica, sino siquiera de una actitud de respeto a las esencias mismas de nuestra religión? Ellos no han reconocido a Cristo, no han aceptado a su Iglesia, no toleran el que los católicos les hablemos de conversión; quieren todo *y solamente ofrecen en cambio. como en otro tiempo, las 30 monedas de plata, precio del Santo de los Santos.*

Después del Concilio, obtenida en parte la Declaración por la que tanto lucharon; (aunque, bien examinado el texto,

no dejamos de ver que la Iglesia mantuvo su posición antigua), la actitud judía ha sido más violenta, más descarada contra la persona Santísiam de Cristo y contra su Iglesia. Recientemente el Dr. **Rugh J. Schonfield**, un judío que dice que cree en Dios como "un espíritu puro" pero que no tiene religión alguna, ha publicado una obra con el título: **"El Engaño de la Pascua"** (The Passover Plot). En ese libro el escritor sostiene que Jesús, alucinado con la idea de que El era el Mesías, urdió y planeó, durante toda su vida, la manera de engañar a su pueblo —lo mismo a las autoridades que a sus discípulos— haciendo coincidir engañosamente los acontecimientos de su vida con las profecías mesiánicas. La Semana de Pasión fue la culminación de este embuste. "Era necesario organizar una conspiración, cuya víctima tenía que ser el mismo emboscado y deliberado instigador. Fue una concepción de pesadilla y una empresa cuyo resultado tenía la lógica espantosa de una mente enferma o la de un genio. Y esa autoconspiración tuvo éxito".

"Desde su triunfante entrada en Jerusalén sobre un asno, cuando El se reveló como Mesías, plenamente consciente de que esta su revelación no podría tener otro término que el ser El arrestado y ejecutado, hasta la crucifixión misma, el Dr. Schonfield pretende demostrarnos que todo lo que Jesús hizo fue deliberadamente encaminado a ajustarse a las circunstancias todas preanunciadas por las Escrituras". Sugiere el escritor judío, sastifecho por la Declaración Conciliar que, Jesús en su plan, buscó la manera de ser crucificado el viernes, sabiendo que así sería bajado de la cruz antes del sábado y de esta manera sólo estaría colgado unas cuantas horas, en las que el esperaba sobrevivir. El vinagre que le fue dado para beber, según este blasfemo escritor, contenía una droga, por la cual Jesús quedó inmediatamente inconsciente, como si estuviera muerto. Y porque creyeron que estaba muerto no le rompieron las piernas. El Dr. Schonfield comprueba su afirmación perversa, al decir que las gotas de sangre y agua que brotaron del costado de Cristo son una prueba evidente de que Cristo no había muerto.

Vale la pena publicar aquí el comentario del periódico oficial del Estado de Israel **"The Jerusalem Post"**, sobre la

Declaración Conciliar, publicado el domingo 17 de octubre de 1965:

EL VOTO VATICANO

"Ha sido ahora ya hecha la votación final, en el Concilio Vaticano, sobre la controvertida Declaración de la actitud de la Iglesia hacia las religiones no cristianas. Queda tan sólo por darse el paso final de su formal promulgación. Pudiera ser que el Papa hiciese todavía algunos cambios, pero en vista de la abrumadora mayoría de los votos favorables, y del hecho de que el documento ha sufrido ya muy serias modificaciones, no parece probable que tenga importantes innovaciones, antes de su publicación. Sin embargo, juzgando por las experiencias pasadas, queda la posibilidad de algunas alteraciones de menor importancia, que desde luego serán en favor de los conservadores".

"En esa Declaración, por lo que se refiere a los judíos, lo más fascinante ha sido *el espectáculo de la Iglesia Católica que voluntariamente se ha sentado en el banco de los acusados.* Un estudio de la historia de la Iglesia demuestra evidentemente que el antisemitismo no es hermano del cristianismo, sino que se ha desenvuelto como una reacción a específicas circunstancias históricas. La atribución trágica de la responsabilidad de la crucifixión a todo el pueblo judío, obviamente se opone a los detalles contenidos en los mismos Evangelios, y la acusación del "Deicidio", que empezó a circular después de más de una centuria de los acontecimientos históricos, fue promulgada por razones políticas. Pero, a través del tiempo, se olvidó la motivación política y esta acusación tuvo reconocimiento de dogma religioso. De aquí procede la historia terrible del antisemitismo cristiano y de las persecuciones que han sufrido los judíos y que caracterizan y han hecho infernal la historia de los judíos en tierras cristianas. Fue esa tradición la que en gran parte preparó la mentalidad europea para simpatizar con el antisemitismo nazi, que culminó con el frío asesinato de 6 millones de personas, ultimadamente porque esas personas no eran cristianas.

"Ese acontecimiento fue el que despertó la conciencia

de ciertos círculos en la Iglesia, especialmente entre los elementos más liberales, que se encontraban en países en los que los católicos habían tenido que enfrentarse con otras creencias religiosas. Estos elementos, recordando con horror los terribles acontecimientos que habían sido el lógico resultado de la enseñanza tradicional de la Iglesia, aprovecharon la oportunidad del Concilio Vaticano para presentar este problema delante de los Padres congregados de la Iglesia. En otras palabras, ellos estaban pidiendo la *reconsideración de algunas de las más venerables o veneradas doctrinas de la Iglesia* y se preguntaban a sí mismos si por ventura la Iglesia, durante 18 siglos, *no había conducido erróneamente a sus seguidores.* Inevitablemente esta postura provocó violenta oposición por parte de los conservadores de la Iglesia, que no estaban preparados para admitir *modificaciones en* el dogma, ni para aceptar que la Iglesia, por tanto tiempo, hubiese estado en el error".

"Muy pronto, un grupo de elementos extraños empezaron a intervenir en un problema que debería haber sido considerado como un problema interno de la Iglesia Católica. Por una parte, ciertas Organizaciones Judías, ansiosas de alcanzar una Declaración que fuese suficientemente efectiva para combatir el antisemitismo en el medio católico, se hicieron sentir abiertamente. Pero, con una irreverencia mucho mayor, los Estados Arabes entraron en la contienda con una mezcla de amenazas y adulaciones, para oponerse a que la Declaración fuese promulgada; por dos causas: porque ellos pretendían descubrir siniestros propósitos políticos en la Declaración y porque ellos mismos estaban interesados en reforzar el antisemitismo, como parte de su campaña internacional judía".

"El esquema final, desgraciadamente, es mucho más suave que las versiones anteriores del mismo texto. Los judíos tienen que lamentar, *en el aspecto dogmático de la promulgación,* las múltiples concesiones que se hicieron a los conservadores; pero esto es un asunto exclusivamente católico. Pero pueden protestar los judíos por ciertas modificaciones que se hayan hecho en atención a la presión de los Arabes. Un documento del Concilio Vaticano debería

exclusivamente estar basado en motivos religiosos y mantenerse completamente ajeno a toda consideración temporal". (Nota: ¡El artículo de Roddy demuestra evidentemente la imparcial actitud de la Mafia Judía en este asunto!).

"Pero haciendo a un lado nuestras reservas, el documento debe ser bien recibido como un paso adelante en la historia de las relaciones judeo-cristianas. Aunque es claro que la Iglesia *todavía no está madura para recorrer todo el camino*, como muchos de los Padres más conscientes lo pedían, por lo menos es obvio que la Iglesia estaba preparada al menos *para empezar por el reconocimiento de sus errores históricos*. La prueba decisiva evidentemente la tendremos en las aplicaciones prácticas del documento. Su espíritu y sus sentimientos han felizmente encontrado un eco amplio".

19

19.—Los árabes católicos, a su vez, nos dan su punto de vista en otro periódico, publicado también en Jerusalén, en la parte de la Ciudad Santa, que está en poder de Jordania:

POR QUE PROTESTAMOS NOSOTROS

"Una vez más: gracias al *Neo-Catolicismo* del Cardenal "Bea, el autor de la Declaración, o más bien el vehículo "sionista en el Concilio, por haber ayudado a muchos católicos conscientes a ver la necesidad de una Reforma. El *Neo-"Catolicismo* del Cardenal Bea exige católicos suficientemente flexibles y revolucionarios *para poder ver su antigua fe "de veinte siglos desmoronada sin sufrir ningún trauma sentimental.* El sentimentalismo es la acusación en boga, usada para acallar a los que se oponen a la Declaración; así "como los gentiles acusan de barbarismo a aquellos que "carecen de refinamiento".

"Hablando sentimentalmente, es difícil tragarnos la idea "de que el Vaticano espera que *todos* los católicos acepten "dócilmente esa famosa Declaración".

"Nosotros comprendemos las presiones que actúan so-
"bre el Vaticano y sus decisiones. Bajo tales presiones, lle-
"vadas por vehículos tales como el Cardenal Bea, es difícil
"que el Vaticano se quede callado. Pero, por otro lado, *el*
"Vaticano no puede cambiar los textos de la Biblia para
"hacer su Declaración. Jesús fue crucificado por los judíos.
"He ahí el dilema."

"Como suele suceder, algunos clérigos ambiciosos, por
"ejemplo el Cardenal, tienen su argumentación oculta en
"sus mangas para presentarla en la Santa Sede y proveer
"así el tertium quid en el dilema: el crimen del Deicidio
"debe repartirse en toda la humanidad".

"Esta vez el *Neo Catolicismo* por boca del Cardenal
"Bea presenta dos argumentos muy impresionantes. El pri-
"mero consiste en que no *todos* los judíos (que vivían en-
"tonces) estuvieron presentes en Jerusalén, durante la cru-
"cifixión de Cristo; y, por lo tanto, no *todos* pueden ser
"condenados por el Deicidio, especialmente si tomamos en
"cuenta que ninguno de esos judíos vive ya ahora. La se-
"gunda razón es esta: si Jesús dijo: 'Padre perdónalos, por-
"que no saben lo que hacen', entonces ¿cómo podemos con-
"denarlos?"

"Siguiendo esa manera de argumentación, nosotros tam-
"bién podemos protestar por el *Neo-Catolicismo* del Carde-
"nal Bea y rechazar esa Declaración; porque, si no *todos*
"los católicos estuvimos presentes en el Concilio para votar,
"tampoco *todos* los católicos estamos obligados a creer la
'Declaración Conciliar".

"Muchos católicos encuentran difícil el creer que el
"único motivo que originó la Declaración de la exonera-
"ción, fue la caridad cristiana. El Vaticano recorrió todo
"el camino para encontrar a los judíos y reconciliarse con
"ellos..., recordando el patrimonio común con los judíos
"y movidos no por razones políticas sino por el amor del
"Evangelio..." pero el Vaticano no hizo nada para reco-
"rrer siquiera medio camino en el encuentro con nuestros
"hermanos cristianos los protestantes. O ¿es que el pecado
"de no reconocer el Primado del Papa, es un pecado más

"grave y que más dificilmente puede perdonarse que el "Deicidio"?

"La obligación del Vaticano, según los católicos cons- "cientes, está en buscar la unidad cristiana y la reconcilia- "ción de los diferentes puntos de vista que llegaron al gran "cisma y a la Reforma Luterana. Es necesario empezar la "obra en casa, porque..., 'si la causa está dividida en sí "misma, la casa no puede permanecer en pié".

"Probablemente los católicos árabes sean capaces de "hacer lo que no hizo la vanidad del Concilio Vaticano. "Nosotros, árabes cristianos, de todas las denominaciones, "podemos unirnos y reconciliarnos para formar nuestra pro- "pia Iglesia nacional e independiente. Nosotros podemos te- "ner una Iglesia, de la que podamos estar orgullosos; una "Iglesia que sea capaz del verdadero amor cristiano y de la "reconciliación, una Iglesia que *respete la verdad de los "Santos Evangelios*".

"Finalmente,la absolución exige el arrepentimiento. Je- "sús crucificado perdonó al ladrón que estaba en su cruz "con El, porque ese ladrón pidió perdón. Pero aquellos que "han crucificado a Palestina no han sentido su culpabilidad, "ni han dado una sola señal de arrepentimiento, y sin em- "bargo, ellos fueron absueltos por el Concilio Vaticano".

"Nosotros de nuevo pedimos al Santo Padre, Sucesor "de Pedro, en cuyas manos está la última decisión: 'Por fa- "vor, no firméis esa Declaración', porque si la Declaración "queda firmada, entonces nosotros preguntaremos con ver- "dad y sinceridad: ¿Quién absolverá después al Vaticano?".

Evidentemente, el autor de este comentario no puede aceptar todos los puntos de esta editorial de la Prensa Ara- be; pero, no dejamos de comprender la enorme tragedia que implicaba para el pueblo de Palestina, la Declaración elaborada y patrocinada por el celo de su Eminencia el Cardenal Agustín Bea, S. J.

Por más que se haya procurado encubrir la tendencia política del Judaísmo Internacional, al sugerir primero y

alcanzar después, con todos los poderosos recursos de que disponía, esta famosa Declaración; por más que el Secretariado del Cardenal Bea haya enviado un agente personal para visitar a todos los Patriarcas y Obispos árabes, un mes antes del principio de la Cuarta Sesión del Concilio, y asegurarles que la Declaración no tendría ningún carácter político y que sería benéfica para la tranquilidad misma y florecimiento de las cristiandades del Oriente y del mundo entero; por más que la Democracia Cristiana de Italia y Alemania haya demostrado estas buenas intenciones, con sus generosos y cuantiosos donativos para remediar las necesidades de esas Iglesias del Medio Oriente, es evidente que para los pueblos Arabes la Declaración, usando el lenguaje más benigno —era peligrosa, muy peligrosa. Los refugiados palestinos, que en su desgracia sufren las consecuencias de la traición del Estado de Israel, eran para los países árabes una prueba viviente de lo que significa la ambición mesiánica del Judaísmo Internacional. La Declaración puede ser interpretada y de hecho lo ha sido por el Judaísmo como una aceptación de la Iglesia de su actitud política.

20

Suele darse el nombre de "Sionismo" al problema judío en la realidad imponente de los tiempos actuales: es ese movimiento secular, envolvente, tenaz e internacionalmente activo y decisivo, con que el *mesianismo judío* pretende realizar, como de hecho parece lo está haciendo con éxito evidente, el dominio no sólo político, sino social, económico, religioso y jurídico, al que cree tener derecho, sobre el mundo entero.

Para alcanzar este objetivo, el sionismo ha usado, según las circunstancias y los tiempos, distintos procedimientos en el decurso de la Historia; pero, a nuestro juicio, el éxito que no pocas veces ha tenido el *Judaísmo Internacional se debe principalmente a dos factores importantes:* a) Al secreto escrupuloso con que realiza su programa. Al fariseismo habilidosísimo con que esconde y disimula sus

acividades; b) A la ingenua o traidora cooperación, que, en su obra nefasta, le han dado los gobiernos, las instituciones y los individuos cristianos y no cristianos. Así aprehendieron a Cristo, comprando antes a Judas. El Judaísmo da las batallas sin exponer sus hombres, sin dar la cara. Usa el dinero con habilidad sorprendente para corromper a sus naturales enemigos y hacer alianza con ellos. El Judaísmo Internacional, la mafia, sabe aprovechar maravillosamente las debilidades humanas y todas las circunstancias favorables, que sus actuales y potenciales enemigos quieran brindarle, para destruir, conquistar y esclavizar los pueblos, que caen de esta manera en sus garras feroces. No se detiene en seleccionar los medios por su ilicitud o licitud intrínseca, sino por la mayor o menor eficencia con que esos medios puedan contribuir a alcanzar sus designios siniestros.

Actualmente, la mafia judía ha logrado establecer cuatro frentes internacionales, que, al parecer, sin conexión alguna, son las tenazas que trituran y destruyen las estructuras de los pueblos libres, para preparar así el advenimiento de su mesianismo. La tragedia imponderable consiste en que los gobiernos e individuos no sólo han aceptado esos frentes internos, esas quintas columnas, dentro de sus propios países, sino que han llegado a considerarlos como una estructuración del mundo, que con criterios nuevos tiene que abrirse paso en el futuro.

21

El primer frente invisible que la mafia judía creó para la batalla final es la *francmasonería*, con sus ritos distintos, imbuídos del Talmud y la Kábala, con sus secretos herméticos, solamente conocidos en la cúspide de la pirámide; con sus apariencias filantrópicas, con su filosofía atea disimulada con la ficción del *Gran Arquitecto del Universo*, que encierra en sí el panteísmo y da culto al satanismo. Por la Masonería la mafia logró destruir o desorientar la *inteligenzia* cristiana con las corrientes del materialismo, del hedonismo, del agnosticismo, del Freudismo, etc., etc. Logró

apoderarse de los gobiernos o, por lo menos, de sus puestos claves. Logró secularizar las instituciones, laicizar la enseñanza de la niñez y de la juventud; atentar contra el baluarte de la familia, estableciendo el divorcio y justificando el amor libre; y hacer en fin, que el Estado y sus leyes no solamente desconozcan a Dios, a Cristo y a su Iglesia, sino que ataquen sistemáticamente los principios fundamentales de la vida religiosa. En los regímenes masónicos, la Iglesia y la religión, en el mejor de los casos, son consideradas como una condescendencia a la ignorancia y al oscurantismo del pasado o como un contrabando disimulado, en el que los mismos eclesásticos se sienten favorecidos y comprometidos con una deuda de gratitud. La historia de la Masonería es una historia secreta de crímenes, de claudicaciones y de apostasías. La incredulidad, que reina en los pueblos de Europa, y de América, es el fruto legítimo de la obra masónica. Bien sabemos que hace tiempo algunos católicos, algunos sacerdotes, algunos jesuitas han aceptado el diálogo y el compromiso secreto con la Masonería, y defienden esta organización tenebrosa y su obra satánica. Dicen ellos que hoy, al menos en ciertos lugares, la Masonería no solamente es inocua sino benéfica.

En su obra "Jesuitas y Masones", el Dr. Tohotom Nagy, conocido sacerdote húngaro de la Compañía de Jesús, nos da una descripción del diálogo fraterno que los jesuitas de la nueva ola han sostenido y sostienen con los miembros de la Masonería. El Dr. Nagy, que es ahora un sacerdote secularizado y casado, propugna por el "cese el fuego" entre la Iglesia y la Masonería, y explica la evolución ideológica de sus hermanos jesuitas, como la justificación de la nueva actitud de la Compañía hacia sus antiguos enemigos, a quienes los jesuitas hicieron responsables, por tantos años, de la expulsión de Carlos III y de la supresión eclesiástica que del Instituto Ignaciano hizo S.S. Clemente XIV.

Citaré aquí algunas palabras del Dr. Nagy que nos dan idea de la bancarrota ideológica que en ciertos elementos de la Orden provocó el diálogo intelectual con la Masonería:

"Volviendo al año de estudios, quisiera hablar de su ma-
"teria. Dos gigantes hicieron sentir su peso: Aristóteles y San-
"to Tomás de Aquino; quizás no fue la Iglesia misma que se
"aferró a ellos, sino la Orden de Santo Domingo. Esta ha da-
"do muestras de rigidez a través de los siglos, y sigue siendo
"ejemplo de la inflexibilidad y de una intransigencia en to-
"dos los aspectos.

"Los jesuitas españoles Suárez y Molina se rebelaron en
"su tiempo contra este terror. Sus nombres siguen siendo
"hasta hoy autoridades en la teología, pero ¿qué se puede
"esperar de la ideología científica de un adversario como un
"dominico —Mihalik— que estableció una hipótesis abso-
"lutamente arbitraria y ridícula en el comienzo de su libro,
"según la cual, Suárez deriva del alemán Schwartz, y que du-
"rante el curso del libro —obra importante— denomina
"Schwartz a ese varón que a través de siglos fue conocido
"y estimado como Suárez.

"De Aristóteles es sabido ya que gran parte de sus tesis
"y observaciones fueron erróneas, y era Platón quien sobre-
"vivió los pensamientos científicos más nuevos y que está
"renaciendo en los tiempos más recientes. Es de lamentar
"que una organización, que pretendía poseer verdades eter-
"nas e inmutables, como la Iglesia, se haya aferrado a un
"sistema filosófico, únicamente porque éste le servía de apo-
"yo en la explicación de gran parte de sus doctrinas. La Igle-
"sia debió preveer que la filosofía aristotélica, por ser obra
"y doctrina humana, podría sufrir alteraciones y derrotas;
"por lo mismo, al aferrarse a ella, corría el riesgo, por la
"continua evolución de la ciencia, de ver atacada la eterni-
"dad de sus verdades.

"Y así sucedió. La Iglesia ya tuvo suficientes disgustos
"por encadenarse a un sistema de doctrinas del mundo pro-
"fano; y sus disgustos irán en aumento hasta que la Iglesia
"tendrá que rever su sistema filosófico del mismo modo co-
"mo revió su resistencia frente a todo lo que antes juzgaba
"de herejía.

"La otra gran figura que oprimía nuestros estudios, era
"la máxima autoridad de Santo Tomás de Aquino. Ningún

"profano se puede imaginar cuán elevada es la autoridad de "ese santo en la Iglesia para los teólogos, sobre todo, para "los dominicanos, que reaccionan con su inflexibilidad co- "nocida frente a la mínima disminución de esta autoridad. "Si algún profesor de teología llegara a desviarse un poco "de las doctrinas de Santo Tomás y esta desviación fuera "visible en la tesis del examen de fin de curso, recibirá du- "ros retos desde Roma como si estuviera en camino de con- "vertirse en hereje. Uno de mis profesores, cuyas tesis tenían "esta tendencia, sufrió tantas hostigaciones, que, cansado, pi- "dió su relevo y se fue a China como misionero.

"Fue Santo Tomás quien "bautizó" al ya casi olvidado "Aristóteles, después de mil quinientos años de su muerte. "Fue él quien amarró el bote científico de la iglesia, a la bar- "ca de Aristóteles que desde entonces navegan juntos.

"La "Summa Theologica" figuraba como creación única "en su género, y nos enterábamos sólo de paso, que en su "tiempo no se destacó especialmente, porque había más de "una de estas "Summas" y algunas eran superiores a la de "Santo Tomás. No hace mucho que fue descubierto un ma- "nuscrito más del 'Summa' en una biblioteca ancestral ita- "liana.

"La filosofía oficial de la iglesia, la escolástica, está en "letargia ya hace siglos y si bien en los últimos tiempos dio "algunas figuras robustas, éstas no aportaron ninguna no- "vedad revolucionaria.

"En la filosofía moderna no se palpa en absoluto que "en su vecindad vive una escolástica; y ésta, aunque haya "perdido su hegemonía de antaño, al menos podría ejercer "algunas influencias.

"Los jesuitas, no porque querían desprenderse del pa- "sado, sino porque preveían el futuro, con una elasticidad sin "par, pululaban alrededor de todo intento nuevo; acompaña- "ban a los transformistas hasta los límites de exponenrse a "que sus libros sean puestos en el "Indice" (Teilhard de "Chardin).

"En la investigación de la Biblia, también son ellos que "van al frente, y ayudan a aclarar que la creación del hom- "bre, el primer pecado y el diluvio no fueron redactados por "Moisés, sino que Ezdrás los trajo, mil años después, de Ba- "bilonia, como legados sumerios y luego los incorporó a los "libros sagrados.

"Es más beneficioso para la Iglesia, que sean ellos quie- "nes desmenuzan a los libros sagrados, porque así les queda "algo de su precioso tesoro; ha llegado el momento en que "la Iglesia no tendrá más que ir reconociendo día a día que "los patriarcas nunca fueron monoteístas, que la historia de "Sansón es folklore, el libro de Job es un plagio, Salomón "nada tiene que ver con los libros que le atribuyen y casi "ningún salmo fue escrito por David, etc. Todo esto hoy apa- "rece en los libros con el "Imprimi potest" de los provin- "ciales jesuitas y yo mismo siento un poco de miedo al leer- "los, tan distintos de lo que me enseñaron hace décadas. "Puede cualquiera leer en el libro *"De la Edad de Piedra al "Cristianismo"* por William Foxwell, en cuya tapa figura *"Revisado, por varios padres de la Compañía de Jesús"* y por "dentro reza; "Nihil obstat", y verá que del Antiguo Testa- "mento apenas quedarán algunas hojas para aplicarles la de- "finición del Concilio Vaticano I. según la cual, *"Spiritu Sanc- "to inspirante concripti Deum habent autorem"* —Denzinger- "Bammwarte, 1787—.

"Ahora está pagando la Iglesia con creces el haber "ligado, tiempo ha, su conjunto de verdades a las ciencias "aparentemente eternas e inamovibles, y el haberse metido "en un laberinto caótico de especulaciones filosóficas huma- "nas, y de dudosas interpretaciones; porque pretendía ser "sabia, en sentido profano, en vez de identificarse con la "simplicidad, santidad y pureza cristalina evangélica y con "lo eterno en el hombre que no es de este mundo. Juan XXIII "encabezaba una Iglesia así y durante cuatro años ha con- "quistado más fieles y más honor para su Iglesia, que todos "los filósofos y teólogos en cuatro siglos."

La Masonería, con su visión racionalista del cosmos, con su eliminación disimulada de Dios, de Su Sabiduría y de

Su Omnipotencia, con su humanismo idolátrico y con su fobia religiosa, ha destruido aquella armónica concepción del universo, en la que Dios es el principio y el fin y la razón esencial de la existencia humana; la Masonería ha corrompido a la inteligencia, creando una ciencia empírica, en la que los fenómenos y las experiencias personales vienen a sustituir los principios eternos e inmutables, sobre los cuales se construyen la filosofía y la teología cristiana. La Masonería minó en nosotros las creencias religiosas, para sustituirlas después por los mitos modernos de la diosa razón.

Lo que para mí es inconcebible es el cambio radical y violento entre la actitud de lucha que la Compañía de Jesús tuvo siempre contra la Masonería y el coqueteo disimulado y la aceptación implícita que la nueva ola de ese Instituto Religioso ha asumido ahora, con relación a esa misma masonería, a la que un día calificó como engendro satánico.

René Fülop Muller, en su obra *"El poder y los Secretos de los Jesuitas"*, escribe: "Gran sorpresa tiene que causar el que precisamente la más reciente actualidad haya conducido a una aproximación entre Jesuitas y francmasones. Después de manifestarse, durante largo tiempo, cierta disposición a una inteligencia, en junio del año de 1928, se ha llegado a negociaciones en toda regla, en un debate celebrado en Aquisgrán, tomando parte de un lado el P. Hernan Gruber, el jesuita más conocedor de la Francmasonería, y del otro lado el Secretario General de la logia de Nueva York, Ossian Lang, el filósofo francmasón de Viena Dr. Kurt Reichl y el escritor Eugene Lennhoff, autor de una obra muy documentada sobre la francmasonería".

Otro jesuita el P. Joseph Berteloot, el 15 de septiembre de 1933 en la "Revue de París", página 394, dice:

"Esta gran maestra de enseñanza, la Historia, nos enseña cómo, bajo el golpe de una inmensa prueba común, o ante un grave peligro inmediato, los hijos de un mismo país, fieles de una misma fe, olvidan generalmente todo lo que les divide, para hacer frente en bloque y llevar la prueba

fraternalmente. Protestantes y católicos de Alemania nos dan, en este momento, este ejemplo. Para otra lucha, Francia lo había dado en 1914, el día de la movilización".

"¿Estaremos nosotros en vísperas de volver a ver entre nosotros una de estas horas, si no de parecida unión, al menos de mejor comprensión y de mejor inteligencia, entre dos adversarios que la opinión tiene por irreconciliables: El Catolicismo y la Francmasonería? Esto es lo que, colocándonos desde el punto de vista histórico, nosotros quisiéramos examinar aquí".

Esta política de la "mano tendida", entre el Catolicismo y la Francmasonería, fue ideada y auspiciada por algunos Padres de la Compañía, de Jesús, iniciadores y defensores del Progresismo Católico, que son los que, en abierta constradicción con el espíritu ignaciano y con la tradición gloriosa de ese Instituto venerable, han formado la nueva ola del catolicismo, negación lastimosa de la indefectibilidad de la Iglesia. Amo filialmente a la Compañía, pero amo por encima a la Iglesia de Cristo.

22

El segundo frente que tiene establecido internacionalmente, en el mundo, el Sionismo o la mafia del Judaísmo Internacional, es el *Comunismo*, que en su historia y esencia significa la subversión, la destrucción, el odio, la muerte y los sufrimientos más espantosos, a que han sido sujetados, no miles, sino millones y millones de seres humanos. El Comunismo ha destruido las elites de la humanidad: ha empobrecido y esclavizado a los pueblos; ha sembrado de humeantes ruinas a más de la mitad de la tierra; ha hecho que la humanidad viva años de incertidumbre espantosa, como si nada estable hubiera quedado en nuestra vida. El Comunismo es la esclavitud de los tiempos modernos: una esclavitud más odiosa, más cruel y más refinada que la que existió en los tiempos paganos.

En relación a las creencias, a la religión, especialmente

en relación al catolicismo, el comunismo ha sido, es y será siempre implacable. Soñar en la *coexistencia pacífica* con la Iglesia Católica es monstruoso, es criminal; es el entreguismo que arría la bandera de Dios para enarbolar la bandera de Satanás. Las tácticas cambian, pero no cambia la finalidad que el enemigo busca. En una Revista Comunista Internacional, publicada en Praga, en junio de 1965, el conocido comunista español Santiago Alvarez escribe un artículo sobre el acercamiento de los católicos y comunistas en España, en la nueva política de ciertos dirigentes y jerarcas católicos, que, en ansias de ecumenismo, han abierto el diálogo con los comunistas, hasta establecer cierta unidad de acción, cierta armonía entre los ahora criptocomunistas y los católicos, "Hoy, dice el escritor, nuestros aliados principales en la lucha contra Franco son los católicos. Esta es una realidad; el signo más característico y más prometedor de la actual situación española".

Y, al tratar del problema religioso, que antagónicamente separa el catolicismo del comunismo, dice: "En contraste con determinadas épocas del pasado, la profesión de fe católica de los católicos no es un obstáculo para participar en esta acción. Si bien el socialismo, por el que los marxistas revolucionarios luchan, aparece más que nunca como una necesidad impostergable, y la concepción filosófica materialista se reafirma, como la única que ofrece una clara proyección del futuro, también se comprueba que la participación de la lucha revolucionaria por la democracia y el socialismo puede englobar y engloba hoy a destacados combatientes, cuyas concepciones filosóficas no son materialistas..."

"Como materialistas, negamos la *trascendencia*, la idea de Dios y la existencia de un más allá fuera de la materia. Pero no hemos menospreciado nunca el hecho de que la religión existe y que, como fenómeno supraestructural, con sus complejidades, tiene su importancia..."

"El origen de la religión lleva implícito su ciclo de existencia y su extinción". "Eso significa que, aun resuelto el problema de los antagonismos de clase y de la explotación, con el socialismo, el *proceso de extinción de la religión* será

largo, y gradual su desaparición". Y, en otra parte, Santiago Alvarez nos da a entender el por qué del cambio de táctica que hoy proclama la coexistencia pacífica entre el comunismo y la religión: "La Iglesia y la religión morirán de muerte natural".

No entendemos nosotros cómo un pueblo, que ha sentido en carne viva las garras del comunismo ateo, después de 25 años, se haya olvidado de esa nacional tragedia, para sonreir y hacer alianzas diplomáticas, comerciales o de activa y secreta revolución, con los enemigos de Dios y de su patria.

Preguntará alguno cuáles son las pruebas para demostrar la filiación del Comunismo Internacional respecto del Judaísmo. Innumerables serían las pruebas, ya ampliamente conocidas, que toda persona sensata puede examinar en sus mismas fuentes. Hay una literatura copiosa sobre este tema en todas las lenguas y en todos los países. Pero, no hay peor sordo que aquel que no quiere oír la verdad. Citaré aquí algunos documentos tomados de los archivos nacionales de los Estados Unidos. El primero es una información secreta de la Embajada de Londres del 17 de julio de 1919. Está escrita por la Scotland House, S. W. 1. 16 th July. 1919: "Existe ahora una evidencia definitiva de que el Bolchevismo es un movimiento internacional controlado por los judíos; hay comunicaciones frecuentes entre los líderes de América, Francia, Rusia e Inglaterra, con miras a una acción concertada..."

"Y en otro documento, tomado también de los archivos nacionales de los Estados Unidos y que fue redactado en el Cuartel General de las Fuerzas Expedicionarias Americanas en Siberia, en Vladivostok leemos: "...Estas esperanzas quedaron frustradas por las ganancias graduales de poder de los elementos más irresponsables y socialistas, guiados por los judíos y otros elementos raciales anti-rusos". Una estadística, hecha en abril de 1918 por Robert Wilton, el corresponsal del "London Times" en Rusia, demuestra que en ese tiempo había 384 comisarios, incluyendo dos negros, 13 rusos, 15 chinos, 28 armenios y más de 300 judíos. De éstos

habían venido a Rusia de los Estados Unidos 264 judíos, después de la caída del gobierno imperial.

23

El Tercer Frente Internacional, aquel en el cual está la fuerza más grande del mesianismo judío y al mismo tiempo su talón de Aquiles, es el de las finanzas, el del dinero. Sigilosamente, pacientemente, ininterrumpidamente, el Judaísmo Internacional ha ido atesorando, sin escrúpulo alguno, por lo medios inmorales que siempre usó, el oro y las riquezas, hasta llegar a dominar ahora, por sus bancos internacionales y centrales, todas las finanzas de todos los países. Actualmente, en el sistema monetario, que priva en todas partes, de documentos y billetes bancarios, esa mafia no sólo acaparó el oro y la plata, sino que hace el dinero que circula en el mundo y le da el valor convencional que quiere, para realizar de esta manera sus designios políticos.

En 1912, Wilson era un desconocido profesor de Princeton University, con ciertas debilidades morales, con las que suplía los servicios de su mujer que estaba enferma. Un grupo de banqueros judíos le sugirieron que se lanzase a la contienda electoral como candidato a la Presidencia de los Estados Unidos de América. Ellos prometían respaldar con su dinero y con su influencia la inesperada candidatura. Naturalmente, este ofrecimiento y esta ayuda no eran completamente gratuitos. Era una pequeña transacción, un **do ut des**: Wilson tenía que prometer el establecimiento de los Bancos de la Reserva Federal, Bancos Centrales, que debían controlar las finanzas de los particulares y del gobierno mismo de los Estados Unidos; y, además, Wilson tenía que poner esos bancos en las manos de sus magnánimos patrocinadores, los banqueros judíos.

La transacción se hizo. Una campaña política, sin precedente ni paralelo en los Estados Unidos, elevó al desconocido profesor de Princeton University, al hombre clave, para aquellos tiempos, a la suprema magistratura de ese

gran país. Al año siguiente, Wilson, cumplidor de sus compromisos, promulgó la famosa ley "Federal Reserve Act 1913", por la cual, a costa de su patria y del mundo, pagaba los compromisos adquiridos. Nominalmente eran 10 bancos establecidos de la Reserva Federal, diseminados en la Unión Americana; en realidad, era el Banco Central de Nueva York el que iba a controlar todo; y este banco, a su vez, estaba en manos de los banqueros judíos.

Este centralismo bancario, a través de los bancos comerciales, dependientes todos del *Federal Reserve Bank* de Nueva York, dominó desde entonces no sólo las transacciones, sino las mismas operaciones financieras y la deuda interna del gobierno de los Estados Unidos. Es evidente que se tomaron todas las precauciones para despistar a la opinión pública y encubrir con nombres y sociedades de paja la secreta realidad de aquel control bancario.

La deuda interna de los Estados Unidos de América es en realidad, hablando sin subtefugios, una deuda de ese país a los banqueros judíos, de Wall Street. El año de 1956, según datos ya públicos, esa deuda daba *diariamente* a sus acreedores, por concepto de módicos intereses, la fantástica suma de catorce millones de dólares. Desde entonces, esa deuda interna ha crecido estratosféricamente, dados los enormes gastos que por concepto de armamentos, ayuda al exterior y aventuras de carácter social ha tenido y tiene ese país, aparentemente poderoso y en realidad debilitado; y los intereses siempre módicos, pero también siempre seguros, que los acreedores judíos reciben, lógicamente han tenido que crecer con ritmo semejante. ¿Nos va a sorprender todavía el poderío económico que tiene en todo el mundo el Judaísmo Internacional?

Y, como ya lo hicimos notar, los Bancos de la Reserva Federal no tan sólo dominan las finanzas, sino que hacen el papel moneda que circula con el nombre de los Estados Unidos, pero con el control de los banqueros judíos. El frente Internacional Financiero del Judaísmo Internacional en el mundo es fabuloso, es insospechable. Sus bancos no sólo controlan las finanzas, regulan la Bolsa y gobiernan la

economía de los gobiernos y de los pueblos, sino que prácticamente han atesorado el oro y la plata del mundo. Como ya lo dijimos, hoy ya no hay monedas de oro, ni de plata, que circulen en la mayoría de las naciones. Hay notas bancarias, hay documentos, hay moneda en papel, cuyo valor fluctúa y es siempre inseguro.

Y ese frente, poderoso e internacional de las finanzas, en manos del Judaísmo Internacional, organiza revoluciones, destituye gobiernos, provoca y financía guerras, infiltra las instituciones, corrompe a los individuos y hace que manos invisibles y habilísimas gobiernen los destinos del mundo y hagan posible que los mismos gobiernos, discreta, pero eficazmente dominados, contribuyan a mantener y desarrollar una situación, que, tarde o temprano, tiene que llevarlos a su propia ruina.

El poder del oro es insospechable. En la guerra, decía un general mexicano, no hay enemigo que resista un cañonazo de 50 mil pesos. El precio puede variar; pero es increible la potencialidad del oro para corromper a los individuos, que, por su preparación, por su edad, por sus convicciones, por su posición social y por la misma investidura que tienen, pudieran parecer incorruptibles a toda persona honesta y sincera. Ya Satanás quiso explotar el poder del oro en aquella tentación que presentó a Cristo: *"Haec omnia tibi dabo, si cadens adoraveris me"*, todo esto te daré si, postrándote en tierra, me adorares. El Judaísmo, con sus insospechados recursos económicos, se cree omnipotente, porque cuenta con las debilidades humanas, que, por dinero, abren pérfidamente las puertas al enemigo. Y, desgraciadamente, también los hombres de la Iglesia, como humanos, son susceptibles a los halagos de las finanzas...

Los compromisos adquiridos en las transacciones financieras, de tal manera ligan la libertad del hombre, que hacen que los criterios mismos se oscurezcan y derrumben en un cambio ideológico, que a primera vista, hubiera aparecido sencillamente irrealizable.

Otro caso concreto del poder oculto de esta Internacio-

nal Financiera del Judaísmo lo tenemos en México. Era el año de 1926. Gobernaba la nación el General Plutarco Elías Calles, el Jefe Máximo de la Revolución Mexicana. A pesar de las revoluciones precedentes, que habían ensangrentado el país por 15 años, la moneda circulante era el oro y la plata. Había tanto oro, que, algunas veces, por facilitar el cambio, la plata llegaba a tener un premio extra-legal sobre el oro. Fue entonces cuando un hombre iluminado, de ascendencia judía, sugirió al Presidente la creación del Banco de México, el Banco Central, al que todos los otros bancos y las finanzas del país debían estar subordinados. Se eliminó luego el oro de la circulación; después se retiró la plata; el peso, con relación al dólar fue perdiendo su valor adquisitivo. Al principio cada dólar valía 3 pesos 50 centavos, luego $ 4.50; más adelante $ 8.50, hasta que llegamos a su valor actual de $ 12.50 por cada dólar. Esta inestabilidad monetaria vino a provocar el derrumbe de inmensas fortunas y a crear en el país un sentimiento de inseguridad que convirtió la vida económica de México en un juego de aventuras peligrosas. Nos hacían falta las divisas y las divisas estaban en poder de la mafia; y la mafia no hace concesiones gratuitas. Ese hombre iluminado vino indiscutiblemente a revolucionar la vida económica y política de México.

24

El Cuarto Frente Internacional, establecido por el Judaísmo, es el frente político, por el cual, usando los medios poderosísimos de que dispone, ha procurado ocupar los puestos claves en las instituciones y los gobiernos, con una astucia y una perseverancia y una habilidad sorprendentes. Para apoderarse de estos puestos claves, el Judaísmo cuenta con esa vasta red de logias, de bancos, de agencias publicitarias, clubes sociales, etc., etc.; el Judaísmo trabaja a largo plazo y sus pasos son siempre cautelosos. Ocupados, por ellos o por sus incondicionales, los puestos claves, se facilitan insospechablemente sus ilícitas, fraudulentas y destructoras actividades, logrando así el ocultar la verdad, paralizar o destruir las legítimas defensas y el hacer factible el avance de sus planes diabólicos.

Hay un libro reciente, escrito por Roger Peyreffite, publicado en Francia, en el cual el lector encuentra verdaderas sorpresas al descubrir los antecedentes familiares y el raigambre judío de muchos hombres que hoy destacan en los gobiernos y en la Iglesia del mundo Occidental. El libro ha hecho escándalo en el público. Puede ser que algunas afirmaciones, que contiene, sean falsas; puede ser que las mismas falsas afirmaciones del libro sean la cortina de humo para ocultar la realidad y engañar a los incautos. Sin embargo, tan absurdo sería el admitir todas las afirmaciones del libro, como el negarlas todas. Aquí podríamos decir: ni son todos los que están, ni están todos los que son. Que investigue la crítica. Los casos ya comprobados son suficientemente elocuentes para hacernos ver la ingerencia secreta del Judaísmo en la política interna e internacional de las naciones del mundo de nuestros días.

En los Estados Unidos, para poner un ejemplo destacado, un judío es el Presidente de la Suprema Corte de Justicia y un judío también es el representante en la ONU del gobierno y del pueblo de ese gran país. El primero de dichos judíos es la autoridad máxima en el Talmud; el segundo parece ser la cabeza invisible que controla todas las actividades judaicas en el mundo político. Hebreos son también, con pasaporte americano, muchos de los expresidentes, ministros, dueños y directores de fábricas, etc., etc. en los Estados Unidos. La ONU es una organización de origen judío, controlada por judíos; es el preámbulo de la realización tangible del mesianismo judío, en el gobierno universal del mundo. Estudiando la estructura interna de esa organización internacional, sus orígenes, sus bases, sus principios, su legislación, su declaración de los derechos del hombre, etc., etc., encontramos ahí la centralización, la legalización, la imposición permanente de la revolución, de la obra secreta de la masonería, de la aceptación, como hechos consumados, del mismo comunismo y de sus crímenes. Khrushchev quitándose el zapato y dando golpes con él sobre las mesas, ante esa Asamblea representativa del mundo; Khrushchev abrazando efusivamente a Castro Ruz, en ese lugar que simboliza la estructura jurídica del

derecho internacional, nos hace ver la burla sangrienta. que el Judaísmo Internacional hace ahí de una manera invisible de la soberanía de las naciones, representadas en ese organismo, y de la dignidad de la persona humana y de los valores supremos de la vida.

Pudiera preguntar alguno si en México existe ya el poder político del Judaísmo Internacional. Esta pregunta es ingenua: directa o indirectamente, mediata o inmediatamente, México, como todos los países del mundo, siente ya en sus espaldas el peso de la mafia. Nuestras finanzas, desde luego, han sido la soga invisible para estrangular nuestra independencia ideológica o política. Pero el Judaísmo cuenta en México con poderosos aliados, con un creciente poder adquisitivo en la televisión, en la radio, en la prensa, en la Universidad, en las estructuras todas del país y hasta en el gobierno mismo y en la Iglesia. Un estudio concienzudo y sereno, pero debidamente documentado, debería abrir los ojos al pueblo mexicano y a los que de verdad piensan en la libertad y engrandecimiento de la patria. Vivir aletargados; no querer darnos cuenta del peligro. mejor dicho, de la realidad viviente de México, es traicionar a México, es vender por un plato de lentejas la soberanía nacional.

25

Para muchos, el origen judaico de estos cuatro frentes internacionales y la realidad de lo que son y significan, es no sólo una incógnita, sino es una ficción y una leyenda. Ignoran y quieren seguir viviendo en la ignorancia. Desconocen el origen de la masonería y del comunismo, y se contentan con aceptar los criterios erróneos y parcialmente reflejadores de la verdad objetiva, para expresar esos fenómenos trascendentes y vitales; desconocen también lo que la masonería y el comunismo son y los crímenes monstruosos e incontables que han cometido. Así se explica el hecho absurdo de que muchos individuos, sinceramente amantes de la libertad y del progreso constructivo de sus pueblos, se inscriban en estas organizaciones destructoras y colaboren con ellas inconscientemente a una labor verda-

deramente suicida. Es absurdo pensar que hombres de la Iglesia quieran aceptar o disimular ahora lo que sus antepasados y sus predecesores condenaron con tanto valor y con peligro mismo de sus vidas. ¿Es ignorancia o es compromiso?

No se puede negar apriorísticamente. Es una postura suicida cerrar los ojos a la verdad y suspender así las legítimas y necesarias defensas de lo que somos, de lo que creemos, de lo que amamos, de lo que Dios mismo nos ha confiado. Es abrir fraternalmente los brazos al enemigo, que con cálculo ha provocado esa mal entendida caridad cristiana para aprovecharse de ella y para clavar su puñal en nuestra espalda.

No es posible que haya tantos *locos* en el mundo de ayer y de hoy, que fantasmagóricamente estén fingiendo la perenne conspiración judía. Si conocer y denunciar las secretas acciones del enemigo, que comprometen vitalmente nuestra existencia, es una *locura,* nosotros queremos ser *locos,* porque si no, seríamos cómplices en el ataque a Cristo y a su Iglesia; seríamos además traidores y suicidas.

Esa conspiración fue denunciada por varones insignes, por santos canonizados, cuyas virtudes heroicas los llevaron a los altares y por la misma voz autorizada de la Iglesia. Los mismos Apóstoles y, sobre todo, San Pablo, tienen palabras inequívocas de condenación contra el Judaísmo religioso-político y contra sus feroces ataques a Cristo y a su Iglesia. *El diálogo* que el Concilio proclama no puede significar claudicación alguna; no puede paralizar la legítima defensa; no puede exigirnos la auto-destrucción y la entrega total al enemigo.

¡Pensar que la masonería y el comunismo puedan cambiar, es tan ingenuo, como pensar que el veneno de las víboras es ya inocuo. Buscar una coexistencia con los criminales es exponernos, o a la personal corrupción, o a la inconsciente cooperación con los planes destructivos del enemigo, o a la entrega total y cobarde, sin resistencia alguna, en las manos de nuestros mortales enemigos.

Alguien en México ha dicho que peor que el comunismo y la masonería y la revolución atea e incendiaria, es el anti-comunismo, es la anti-masonería, es la contra-revolución cristiana. Peor que la enfermedad es el antibiótico; peor que el crimen es la policía que trata de refrenar al crimen; peor que los errores y las corrupciones morales es la apologética, es la lucha contra ese error y esa maldad: al fin y al cabo, los más grandes herejes y los más obstinados y endurecidos pecadores son ontológicamente los hijos de Dios.

26

Muchos, a pesar del derrumbe general que estamos presenciando, piensan optimistas en la imagen halagadora de que estamos al principio de una nueva primavera del mundo y de la Iglesia. En este reajuste general, en este diálogo ecuménico, tan mal interpretado, en esa renuncia voluntaria a muchos de nuestros valores tradicionales, ven ellos la poda necesaria y saludable para un nuevo renacimiento ideológico, moral, religioso, económico y social del mundo. Dando, vamos a enriquecernos; claudicando, vamos a enderezarnos; conviviendo con los enemigos de la verdad y del error, vamos a purificar nuestra fe y nuestras costumbres cristianas. Es necesario sacrificar lo substancial por lo accidental; es necesario destruir para reconstruir. Lo malo es que la primavera no aparece, sino que vientos fríos y huracanados siguen agitando el oleaje. Para muchos la religión consiste en cierto ritualismo exterior, en cierta mal entendida fraternidad cristiana, en una unificación humana, en la que preparemos la paz y la armonía universal. Ya se habla ahora de un cristianismo ateo. Ya se piensa en suprimir las diferencias exteriores para establecer una humanidad despersonificada y universal, en la que la colectividad y solamente la colectividad deba tener derechos. Paradójicamente parece que los mismos cristianos estamos aceptando la tesis decisiva de la impiedad: *Dios ya murió*

27

El insigne escritor **George Knuffer**, en su extraordinaria obra *La lucha por el poder mundial*, confirma ampliamente nuestros anteriores conceptos:

"En la actualidad nos estamos acercando al punto "álgido de la lucha por el poder mundial, que ha venido "librándose durante siglos. Este problema nos concierne a "todos y a cada uno de nosotros... ¿Vamos a ser hombres "libres al servicio de Dios y de nuestro prójimo, o vamos "a ser esclavos, privados incluso del derecho de adorar a "Dios, según El lo quiere y nuestra conciencia lo exige? "Esta es la cuestión y a ella están vinculadas la supervi- "vencia de nuestras naciones y Estados, de nuestras cultu- "ras e incluso las supervivencias raciales. Todo está com- "prometido, incluyendo, en muchos casos, nuestras propias "vidas..."

"De este modo vemos que si un día el centro, el punto "focal de la conspiración para obtener el poder material "mundial, parecía estar en Moscú, con su jefatura disfra- "zada simbólicamente de la Tercera Internacional, actual- "mente el centro, el punto focal de la misma lucha por la "dominación del globo, respaldada por la misma gente de "antes, no está ya en Moscú, sino en Washington y Nueva "York, habiendo respaldado la ONU (Organización de las "Naciones Unidas) a la Tercera Internacional.

"Si la antigua Liga de las Naciones fue instituida como "una unidad de adiestramiento y un ejemplo para acostum- "brar a la gente a la idea de internacionalismo y al aban- "dono de la soberanía estatal, en favor de un anónimo poder "internacional, que ni siquiera se ha declarado cristiano, la "Organización de las Naciones Unidas tiene una verdadera "finalidad, es la última expresión antes de la culminación "del plan de proclamar el mesianismo materialista.

"Bajo este prisma es fácil comprender por qué estos "últimos años un número considerable de comunistas de- "clarados se han convertido en prominentes y, al parecer,

"sinceros anticomunistas. A primera vista puede parecernos
"que han reformado su opinión. Nada de esto: lógica y con-
"sistentemente siguen luchando por los mismos principios
"de antes, pero de una forma nueva y mejor. No han aban-
"donado su designio fatal, sino únicamente los instrumentos
"que han resultado ineficaces..."

"Un aspecto importante del *truco de las tres cartas*, que
"tiene una relación concreta con los presentes acontecimien-
"tos mundiales y explica muchos de sus detalles y caracte-
"rísticas, es que debemos tener presente la existencia, por
"así decirlo, de dos bolchevismos: el *bolchevismo blanco*,
"con su punto focal y base principal en América y el *bolche-
"vismo rojo*, con su centro en Rusia. Entendemos aquí por
"bolchevismo la expresión del estado de ánimo y modo de
"vivir inducidos por el mesianismo materialista, indepen-
"dientemente de si la forma de gobierno, en cualquier caso,
"es la democracia parlamentaria o la de un terror abierto
"y despiadado. Naturalmente sabemos y admitimos que, *hoy
"por hoy*, la vida en los países sujetos al bolchevismo blanco
"es mucho mejor en todos los aspectos que bajo el gobierno
"rojo; pero, ambos bolchevismos se relacionan en el fondo,
"tanto en su espíritu como en su objetivo final".

"De hecho, como ya sabemos, fueron los blancos, o,
"mejor dicho, sus dirigentes, los que dieron vida a la varie-
"dad roja; y repetimos de nuevo que los americanos, los
"rusos y todos los demás no son, en manera alguna, res-
"ponsables de los sistemas que los oprimen o, por lo menos
"los explotan".

"Pero los que tienen el propósito de gobernar al mundo
"no pueden dejarlo dividido, aunque sea nominalmente, en
"dos campos: el rojo y el blanco, o entre *democracia* y so-
"*cialismo*, tienen que unirlo bajo una social democracia o
"democracia cristiana, como se ha llamado. Para lograrlo,
"los protagonistas del *bolchevismo blanco* saldrán a escena
"(ahora que el comunismo rojo se ha hecho tan odioso;
"actitud conscientemente aconsejada en el momento opor-
"tuno) como los libertadores del mundo. Los *blancos* nos
"salvarán a todos de los *rojos*, sustituyendo una variación

"del mismo tema por otra, reteniendo así la iniciativa y ase-
"gurándose un apoyo casi universal. De este modo se logrará
"el final consentimiento del mundo. Ello es seguro, a menos
"que todos nos tomemos la molestia de comprender las
"cuestiones en juego y emprendamos la línea de conducta
"que requiera".

En este truco, la religión y especialmente el Catolicismo tenía que respaldar, en un deseo de paz, los planes enemigos. Por eso vino la nueva táctica a buscar pacífica coexistencia, a abrir el diálogo con los mayores enemigos de Cristo y de su Iglesia.

No lo olvidemos: el enemigo que hoy nos halaga, el que nos recibe con honores, el que abre generosamente la bolsa para ofrecernos su ayuda, será el mismo que mañana nos esclavice y se burle de nuestra derrota. Después del Domingo de Ramos, vino el Viernes Santo, con sus voces blasfemas, con su Calvario y con su Cruz.

28

Hemos insistido en señalar, como una explicación dolorosa pero cierta de la revolución religiosa que hoy sacude al mundo y que parece ser el presagio de nuestra ruina total, el hecho incuestionable de las infiltraciones judías, masónicas y aun comunistas, que actúan eficasísimamente dentro de la Iglesia de Cristo. Ya el Divino Maestro había anunciado esas infiltraciones futuras, esos lobos vestidos con pieles de ovejas, esos pastores mercenarios, que, al ver venir el lobo, huyen y abandonan a las ovejas en sus garras; y Su Santidad el Papa San Pío X, las denuncia en su Encíclica *"Pascendi Dominici gregis"* contra el modernismo. El artículo de la revista LOOK parece comprobarnos ampliamente la acción coordinada que dentro de la Iglesia pudieron realizar los jefes de las Organizaciones Judías.

No nos toca a nosotros investigar los casos, ni señalar las responsabilidades. Ni siquiera podemos afirmar que haya habido mala fe y traición voluntaria en las personas con-

cretas, cuyos nombres podrían aducirse. Solamente el juicio de Dios, que conoce los secretos de los corazones, podrá algún día descubir a los traidores emboscados. Por lo demás, nuestro escrito no quiere ni busca acusaciones personales, sino descubrir más bien los ardides del enemigo y convencer a los que todavía no admiten el tremendo problema del Judaísmo Internacional.

29

Nada más como una cita histórica, relacionada con el tema que venimos tratando, nos parece oportuno y conveniente citar aquí un documento que la Delegación Arabe de Palestina en la ONU dirigió a su Eminencia el Cardenal Bea S. J., y que fue publicado en diversos periódicos de los Estados Unidos.

"441 Lexiton Ave.

"New York City, N. Y.

"Su Eminencia Agustín Cardenal Bea,

"c/o al Excelentísimo John Krol, Arzobispo de Filadelfia.

"5700 City Line Ave.

"Filadelfia, Pa.

"Su Eminencia:

"La Agencia Telegráfica Judía "Daily News Bulletin" de "hoy, anunció que Su Eminencia llega el miércoles al Aero- "puerto Internacional Kennedy, donde será recibido por los "dirigentes de la Liga Antidifamatoria (Anti-Difation League) "de la B'nai B'rith.

"Es chocante para mí, como Cristiano Arabe de Pales- "tina, saber que usted está asociado con la Liga Antidifa- "matoria, la organización Sionista más destacada, que es "anticristiana, y cuyas actividades para respaldar al Movi-

"miento Internacional Sionista y la ilegal ocupación de Pa-
"lestina por el Sionismo, son bien conocidas y probadas.

"Con un buen corazón cristiano, Su Eminencia está tra-
"bajando por los más altos ideales en la vida, dedicado a la
"causa de la paz y la buena voluntad entre los hombres.
"El Sionismo judío, sin embargo, está aprovechando las
"actividades de su Eminencia para ganar simpatía para su
"movimiento y para la ilegal ocupación de la Tierra Santa
"por los Sionistas.

"Sin duda que Su Eminencia conoce las blasfemias con-
"tenidas en el Talmud contra Jesucristo y contra la religión
"cristiana. Antes de que la Iglesia Católica se atreva a mo-
"dificar cualesquiera doctrinas cristianas, yo pienso que
"debería pedir primero a los judíos que quiten todas esas
"horrendas cosas, contra Cristo y los cristianos, del Talmud,
"que es el libro básico del Judaísmo.

"Sin embargo, no estoy muy preocupado por esta ma-
"teria teórica. Lo que a mí principalmente me preocupa en
"esto, es que los Sionistas están aprovechando la conexión
"con Su Eminencia y con muchos Obispos Americanos, católi-
"licos y no católicos, para proteger su inmoral e ilegal causa
"en la ocupación del 80% de la Tierra Santa.

"Muchos Obispos cristianos que están cooperando con
"el movimiento Sionista ignoran el programa del Sionismo
"de desarraigar la cristiandad de la Tierra Santa y destruir
"nuestros santos lugares cristianos.

"La destrucción y sacrílega profanación de estos luga-
"res sagrados y de las instituciones cristianas en la Tierra
"Santa durante la guerra en Palestina en 1948 están bien
"documentadas y probadas. Los sionistas judíos en Palestina
"han llevado a cabo constantemente una campaña de odio
"contra las instituciones cristianas y sus misiones desde la
"ocupación de Palestina, en 1948. Y es su meta completar
"su obra haciendo la Tierra Santa cien por cien judía. Para
"el Sionismo la realización de su programa es sólo cuestión
"de tiempo. Si alcanzasen ellos —Dios no lo permita— el
"completo control de Palestina, llevarían a cabo entonces

"su completo plan de echar fuera a los 50,000 cristianos y "destruir nuestros Santos Lugares y las instituciones cris- "tianas todas en la Tierra Santa.

"Como árabe cristiano que soy de esa Tierra Santa, que "es víctima de la agresión sionista y de sus latrocinios, yo "apelo a Su Eminencia para que ponga fin a sus actividades "en favor de los sionistas; actividades, por otra parte, que "yo considero han sido hechas con toda buena fe, pero que "han sido explotadas por el perverso movimiento sionista, "a fin de alcanzar sus metas en contra de los cristianos, de "la cristiandad y de la Tierra Santa.

"Respetuosamente de S. E.,

"ISSA NAKHLEH,

"Director,

"The Palestine Arab Delegation."

30

La anterior carta es demasiado elocuente para que nos detengamos a comentarla. La apelación es directa, contundente y bien fundada. Bien hubieran hecho los elementos progresistas en meditar este escrito tan ponderado que denuncia la tendencia política del Judaísmo Internacional, al buscar, con tanta insistencia y medios tan poderosos y eficaces, la absolución conciliar y la protección permanente y sagrada de la Iglesia, para justificar sus actitudes absorventes ante el mundo cristiano.

Su Eminencia, el Cardenal jesuita, contestó el 14 de mayo a la anterior carta. He aquí su respuesta habilísima, pero, no por eso, menos comprometedora:

"Su Excelencia.
"Mr. Issa Nakhleh.
"Director The Palestine Arab Delegation.
"441 Lexington Ave.—Room 509.
"New York, N. Y., 10017, U. S. A.

"Al llegar a Filadelfia encontré su carta del 17 de abril. "Desgraciadamente, mi lleno programa en los Estados Uni- "dos y también después acá en Roma, no me permitió con- "testar antes.

"Permítame llamar primeramente la atención de usted "sobre el hecho de que mi ida a los Estados Unidos no tiene "nada que ver con ninguna organización judía de cualquier "clase. ¿Qué puedo o que debo yo hacer si alguna agencia "u organización envía alguna persona para recibirme? ¿Pro- "testar? ¿Hacer alguna declaración y dar así al hecho mayor "publicidad? Por otra parte, si usted lee los informes del "Religious News Service y también los del Jewsh Telegraphic "Agency, del 28 de abril, encontrará que estuvieron presen- "tes a recibirme muchos cristianos, además de católicos, "otros del Concilio Nacional de las Iglesias, y así otros.

"He declarado una y otra vez que mi trabajo no tiene "ninguna conexión con cualquier tendencia política, y así "este hecho es públicamente bien sabido para todos aque- "llos que quieran verlo. Por otra parte, yo no puedo admitir "el que uno deba omitir o detener una obra buena sólo "porque hay gente que puede abusar de ella o de hecho "abusa. Como siempre hay gente de esta clase, uno nunca "podría hacer una buena obra.

"Con los mejores deseos, de usted respetuosamente.

"AGUSTIN CARDENAL BEA."

Esta carta es digna de Maquiavelo. No puede negarse que es habilísima. Su Eminencia, sin afirmar ni negar los hechos, sin responder a los argumentos validísimos del Director de la Delegación Palestina, elude responsabilidades y quiere aparecer ajeno a la recepción calurosa de la máxima organización judío-masónica en New York.

Si Su Eminencia el Cardenal Siri o Su Eminencia el Cardenal Ottaviani hubiesen ido a Nueva York, estamos seguros que los altos dirigentes de la Liga Antidifamatoria

no hubieran asistido a darles la bienvenida; ni hubiera estado presente el Concilio Nacional de las Iglesias. ¿Por qué? ¿No son acaso ellos miembros del mismo senado de la Iglesia Católica? ¿No tienen y deben tener la misma dignidad, las mismas creencias y la misma política del Cardenal Bea?

"¿Qué puedo o qué debo yo hacer —pregunta S. E.— si alguna agencia u organización envía alguna persona para recibirme?" La respuesta no es tan sencilla como parece dar a entender el Presidente del Secretariado por la Unidad de las Iglesias. Es evidente que esa respuesta varía según la calidad de las personas que con su presencia y con su **Internacional Fellowship Award** quieren asociarse a la persona y a las actividades de S. E. Si el demonio y sus ángeles caídos, para poner en caso extremo, hubieran ido a recibir al ilustre purpurado, él no hubiera podido aceptar esa recepción sin comprometer su misma fidelidad a Dios y el buen nombre que por su alta investidura debe proteger y conservar. El fin no justifica los medios; no se pueden aceptar cosas intrínsecamente malas que parezcan a ciertos espíritus flexibles, buenas y aceptables.

Las repetidas afirmaciones de S. E. de que su labor no tiene tendencias políticas nada prueba mientras los hechos contraríen las palabras. Lo más que podemos admitir es que S. E. no ve el alcance político de sus actividades en el asunto judío. Somos muchos, católicos y no católicos, los que estamos firmemente convencidos de que el problema planteado por S. E. en el Concilio no es religioso, no es dogmático, no es pastoral, sino que es un problema exclusivamente político.

Pongamos otro ejemplo para confirmar lo antes dicho. Supongamos que unos individuos matan una familia, después de haber quemado sus propiedades; supongamos que, después, una persona digna acepta una recepción, un regalo de los victimarios. ¿Podrían los familiares y deudos supervientes admitir las excusas del que evidentemente parece asociarse con sus mortales enemigos? Y no acudamos a la caridad cristiana para defender lo que es indefendible. La caridad a los hombres sólo es verdad cuando no se excluye

la caridad a Dios. No podemos amar a los hombres que encarnan la guerra a Cristo y a su Iglesia.

¿Quién es el autor de la declaración peligrosa que pretendía imponerse en el Concilio? ¿Quién aceptó las frecuentes visitas de los dirigentes del Sionismo Mundial? ¿Quién ha desarrollado un celo y actividad increíble por lograr la realización de ese proyecto como si de él dependiese el futuro de la Iglesia y del mundo? Y esa declaración, notémosle bien, se quiso hacer sin que el judaísmo religión, ni el Sionismo, ni los dirigentes de ese pueblo hubiesen reconocido su error pasado, hubiesen declarado a Jesús, si no el Mesías, el Hijo de Dios vivo, a lo menos un inocente injustamente condenado. Querían que la Iglesia diese todo, sin que ellos ofreciesen otra cosa que las treinta monedas de plata, precio del Santo de los Santos.

Por otra parte, ¿por qué se quiere proteger a los judíos, que actualmente siguen tramando la muerte de Cristo Místico, que es la Iglesia? ¿Pensamos que nuestra amistad judeo-cristiana va a hacer que ellos reconozcan a Jesús como el Mesías prometido y acepten sus propios y gravísimos errores? Porque si no es con este reconocimiento y esta aceptación, entendámoslo bien, nuestra amistad con ellos implica nuestra enemistad con Dios. O Cristo o el Anticristo.

31

Una vez más quiero esclarecer mi pensamiento para evitar las malas y torcidas interpretaciones. Estoy hablando de la *mafia*, no de los individuos todos que tienen sangre judía. Estoy hablando de los que, hoy como ayer, siguen condenando a Cristo y todo lo que Cristo es y significa.

Esa mafia ha cambiado de táctica; pero es la misma mafia que conspiró para obtener la muerte del Redentor en el Pretorio de Pilatos. Ayer gritaba y maldecía a Cristo; hoy recibe con un vino de honor al representante de Cristo. Pero, si sus posturas son aparentemente opuestas, su intención es la misma, tiene que ser la misma, mientras rechazando

a Cristo, siga buscando el *mesianismo materialista, negación* y ataque del *mesianismo divino*, sobre el cual se levanta nuestra fe católica.

El sacerdote progresista español, Don José L. Martín Descalzo, en su obra reciente "Un Periodista en el Concilio", (4a. Etapa), se escandaliza, —mal interpretando y mal transcribiendo las palabras de un libro— porque su autor afirma que "Nuestra amistad con los judíos implica nuestra enemistad con Dios".

Aclaremos términos. ¿Qué significa aquí amistad? y ¿a quienes designamos con ese nombre genérico de judíos?

La palabra amistad, como la palabra caridad, tiene hoy diversas acepciones, según el criterio y las intenciones de las personas que usan esas palabras. Amistad, para algunos, es un afecto personal, puro y desinteresado, ordinariamente recíproco, que nace y se fortalece con el trato. Amistad, para otros, es cierta afinidad, conexión o alianza en la búsqueda de idénticos objetivos. La palabra "judíos" también puede significar, según ya dije, bien sean los individuos que integran "El Pueblo del Antiguo Testamento", bien sean los dirigentes y asociados de la mafia, bien, finalmente, el Judaísmo religión.

Desde luego, nuestra amistad, en cualquiera acepción que demos al término, si se trata de la mafia que niega a Cristo y combate el cristianismo, es incompatible con nuestra amistad con Dios y nuestra consagración a Cristo. ¿Cómo podemos, no digo ya asociarnos y tener afinidad, sino profesar un afecto sincero hacia los que, hoy como ayer, niegan la Divinidad de Jesucristo, niegan la verdad de su doctrina y odian, en su corazón, a la Iglesia? **"El que no está con Cristo está en contra de Cristo"**. Yo tendré lástima, yo sentiré celo de convertir a los enemigos de Dios, que son los enemigos de Cristo; pero amarlos, no; identificarme con ellos, todavía menos, mientras ellos se rebelen contra Dios.

Cristo tuvo misericordia hacia los pecadores, pero cuando los pecadores se arrepentían y pedían perdón. La misericordia de Jesús no significaba una aceptación del pecado.

ni siquera una tolerancia, un disimulo; sino la absolución amorosa del hijo arrepentido.

Mientras el judío no se arrepienta de su negación de Cristo, mientras siga identificado, aunque sea equivocadamente, con la postura de sus dirigentes religiosos y políticos, que es ciertamente anticristiana, no podemos cultivar con él una amistad cristiana.

En el mismo libro, página 222 encontramos la respuesta oficial que el Secretariado del Cardenal Bea dió a las siguientes preguntas que se le hicieron:

"¿Y la palabra "Deicidio", cómo es que ya no aperece en el nuevo texto? ¿Es que acaso el Concilio piensa que el pueblo judío sea en realidad un pueblo deicida? ¿Cómo es que se ha suprimido una frase que tan ardientemente defendieron muchísimos Padres Conciliares?

"A muchos Padres la palabra "deicidio" les parecía ambigüa y llena de confusiones teológicas. A algunos podría darles la impresión de que la Iglesia Católica ya no siguiera enseñando que Quien murió por nosotros era en realidad el Hijo de Dios.

"Esta palabra, pues, ha sido suprimida por las siguientes razones:

"a) La palabra "Deicidio" suena odiosamente en cualquier contexto. Por lo cual apelaciones como "deicida", "Gottesmörder", "Christkiller", "peuple Déicide" y similares deben proscribirse absolutamente del vocabulario cristiano.

"b) Además la palabra "Deicidio" puede dar origen a falsas interpretaciones teológicas. Falsas interpretaciones que ya han surgido y han creado graves problemas tanto en la acción pastoral, como en el diálogo ecuménico con algunas Iglesias".

No son muy convincentes estas razones. Si el crimen del Calvario es un Deicidio, los que son responsables de ese crimen son verdaderos deicidas, aunque el epíteto nos parezca duro. En general todos los epítetos, que especifican los crí-

menes, son duros; y, lógicamente, el epíteto relacionado con el mayor *de* los crímenes, tiene que ser durísimo.

El que mata a un hombre es homicida; el que mata a un rey es regicida y el que mata al Hijo de Dios es deicida. Es cierto que Dios no muere, en cuanto Dios; pero, también es cierto que, en virtud de la unión hipostática, el que muere en la Cruz, en cuanto hombre, es el Hijo de Dios. No hay en El dos personas, aunque haya dos naturalezas.

Las falsas interpretaciones teológicas, que ya han surgido y han creado graves problemas tanto en la acción pastoral como en el diálogo ecuménico, no son razón sólida para negar que el crimen del Calvario fue Deicidio. Si hay *falsas* interpretaciones, quiere decir, que hay una verdadera.

CONCLUSIONES

De lo dicho anteriormente creo que podemos deducir las siguientes concretas conclusiones:

1) No debemos aceptar que nuestra posición sea antisemitismo, ni segregación racial, ni un nuevo exterminio de los judíos.

2) No podemos aceptar que el problema judío sea un problema religioso, pastoral o disciplinar de la Iglesia, sino que realmente, según las pretensiones sionistas, es un problema *político.* El mesianismo judío es un mesianismo *político;* y ese mesianismo *político* es la razón de ser, la fe de ese pueblo.

3) Si en cualquier forma queremos defender el mesianismo *judío,* aunque sea con aparente caridad, estamos atacando el mesianismo *divino,* ya que antagónicamente se oponen. Por defender al Sionismo nos hacemos enemigos de Cristo.

4) No se puede negar a *priori* la tremenda conspiración judía que amenaza a la Iglesia y al mundo. No sólo tenemos las pruebas evidentes del pasado, comprobadas por Concilios, Papas y Santos, sino tenemos ahora la evidencia, que aflora en todas partes, de la actividad sionista, del poder sionista, de las intrigas sionistas y de los crímenes monstruosos cuya responsabilidad en última instancia recae sobre el Sionismo Internacional.

5) Masonería y Comunismo no sólo son aliados del Sionismo, sino que son engendros suyos y armas eficacísimas que usa para destrucción del Cristianismo y de la libertad del mundo. Yo pido a los que lo niegan que nos den las pruebas de su negación; su tenaz convicción tiene que estar bien cimentada.

6) No pudo el Concilio extender la protección de la Iglesia y crear así un racismo sagrado sobre aquellos mismos que han establecido la esclavitud comunista y todas las ideas anticatólicas, anticristianas, que hoy dominan al mundo, como algunos, interpretando mal al Concilio, quieren afirmarlo.

De nuevo declaro que ni la Iglesia, ni los católicos somos enemigos de los judíos, por el hecho de ser judíos. Deseamos su conversión y pedimos por ella. ¡Qué caigan de rodillas ante Cristo, repetimos, y el problema judío ha terminado!

Una vez más hago solemne protesta de mi adhesión a Cristo, a su Santa Iglesia; a Pedro, su vicario, y a los Prelados, que en unión con Pedro y bajo la suprema dirección de Pedro, guardan incólume la doctrina inmutable de la verdad.

¡El que no está con Cristo está en contra de Cristo!

Esta obra se terminó de imprimir en el mes de Febrero de 1997. En los talleres de Impresora y Editora Latinoamericana, S.A. de C.V. Viveros de la Colina 352 Col. Viveros de la Loma, Tlanepantla, Edo. de Méx. La edición consta de 1,000 ejemplares, y la producción Editorial estuvo a cargo de Jiménez Higuera editor.

El Pbro. Dr. Joaquín Sáenz y Arriaga nació en la Cd. de Morelia el 12 de octubre de 1899. Realizó sus estudios primarios y secundarios en el Instituto Científico del Sagrado Corazón de Jesús de su ciudad natal. A los 16 años viajó a España para ingresar en el Seminario Loyola cuna de la Compañía de Jesús. Estudia literatura, Humanidades y Filosofía en la ciudad de Granada, donde permanece hasta 1923, se traslada a la Cd. de Sarriá en la provincia de Barcelona e ingresa en el colegio de San Ignacio para proseguir sus estudios de Filosofía y Teología.

Al año siguiente (1926) parte para México donde permanece hasta el otoño del mismo año para regresar nuevamente a España e ingresar al Colegio Máximo de San Ignacio de Loyola, en Sarriá. Y es al finalizar el año de 1927 que es enviado al Woodstock College, en Maryland, Estados Unidos a estudiar el segundo y tercer grado de Teología, materia que con Filosofía y Derecho Canónigo habría de doctorarse posteriormente.

El 30 de abril de 1930 se ordenó sacerdote en el templo de San Felipe de Jesús de la Cd. de Guadalajara, México.

Desde esos años se dedicó a la docencia y en su largo camino asumió cargos de gran responsabilidad, desempeñó labores apostólicas, legando una obra perdurable, fruto de su experiencia y su vasta cultura. Falleció en la ciudad de México el 28 de abril de 1976.

CON CRISTO O CONTRA CRISTO, sólo busca estar al servicio de Dios. Es irritante ver que los enemigos de la iglesia, quieran hacer pensar al mundo que con su dinero y su intriga pueden cambiar la doctrina católica. Es necesario creer en la Iglesia de los Papas y de los Concilios, no en la Iglesia de un solo Papa o de un solo Concilio. Es absurdo querer desvincular las enseñanzas dogmáticas disciplinares o pastorales, de las doctrinas de los Santos Padres y Doctores de la Iglesia, y de los Papas precedentes de la doctrina secular de toda la teología católica, con un solo Concilio Vaticano II.

Cualquier progreso que desconozca el pasado, no es progreso, sino ruina y destrucción; cualquier sentido contrario al que los dogmas han tenido, no es interpretación, es claudicación. Si los teólogos progresistas escriben y defienden sus locuras, entonces hay derecho también para que la voz de la tradición doctrinaria pueda escucharse.